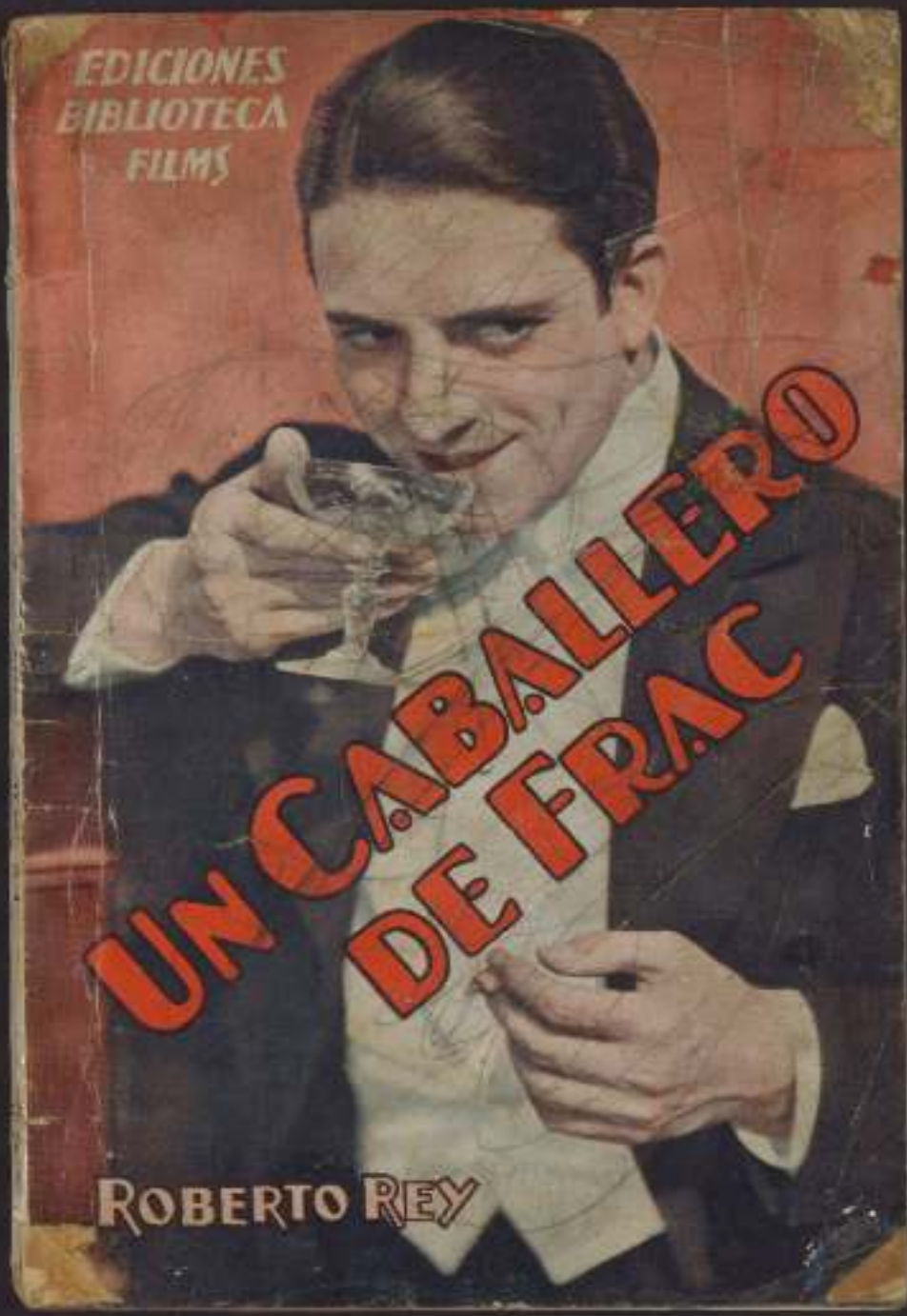
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



UN CABALLERO DE FRAC

ROBERTO REY

IMPRENTA COMERCIAL - Valencia, 934 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
VALENCIA, 854 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

UN CABALLERO DE FRAC

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por el simpático artista español

ROBERTO REY

NARRACIÓN LITERARIA DE
MANUEL NIETO GALÁN

PRODUCCIÓN SONORA DE LA INVICTA MARCA

PARAMOUNT FILMS

HABLADA EN ESPAÑOL

Paramount Films

Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

PRINCIPALES INTÉRPRETES

André de Lusarraizes	ROBERTO REY
Susana	ROSITA DÍAZ
Totoche	Gloria Guzmán
D'Allouville	Gabriel Algara
Buffetaut	Luis Lizaso
El escribiente	"Pitoche"

UN CABALLERO DE FRAC

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Una noche en claro

A través de los cristales empañados del cabaret, se ven las sombras de los últimos trasnochedores, que beben y ríen alegremente. Se ha llegado a esa hora en la que se suele perder toda prudencia y la verdadera personalidad de cada ser se muestra con toda precisión. La orquesta ejecuta las piezas más en boga y el vals de la célebre película "Su noche de bodas" se hace repetir por las parejas que bailan mientras que muchos tararean la letra de la canción.

Mientras que la espuma del champaña llena las copas con su alegría desbordante, el conde André de Lussange y su inseparable D'Allouville, charlan con varios amigos.

Este conde de Lussange es el aristócrata más conocido

de todo París, por su constante alegría y el derroche que hace de su capital. Vive como un verdadero príncipe, y unas por su dinero y otras por su innata simpatía, lo cierto es que André se ve preferido por las damitas que concurren a los restaurantes elegantes y a los music-halls de moda. Para cada una de ellas, André tiene siempre una sonrisa cariñosa y una dádiva pródiga. Nadie se llegó a él en demanda de un auxilio que no encontrara su cartera dispuesta, lo mismo que nadie supo conocer tampoco el verdadero amor de su vida, un amor que había pasado por su existencia con la fugacidad de un relámpago. De él no se sabía más, si no que era rico, alegre, pródigo y de que se iba arruinando lentamente.

Pero a pesar de su vida un tanto libre no se le conoció nunca una amiga oficial. Sus aventuras duraban las horas de una noche y ninguna de ellas pudo vanagloriarse de haber llegado a interesar el corazón del simpático condesito.

D'Allouville, su inseparable amigo, era un fresco de marca mayor. Casi siempre sin un franco en el bolsillo sabía aprovecharse de la prodigalidad de su amigo y correr sus juergas a costa de él. Era lo que suele decirse la sombra del conde André. Conocía sus más íntimos secretos, sus gustos, sus deseos, en una palabra podríamos decir que era el diario de la vida de André.

Seguía la fiesta y la alegría en la mesa ocupada por el conde André y sus amigos, mientras que en otra contigua a ellos, Buffetaut, un señor que representaba unos cincuenta años, y que daba pruebas de haber bebido más

de la cuenta, intentaba a toda costa, hacer callar a todos, para entablar un discurso sobre la diplomacia. Era una verdadera obsesión la de aquel pobre señor la de sentirse diplomático a todas horas y con su faja de diplomático sobre el pecho y su gorro de papel del cabaret en la cabeza, ofrecía una visión de gran comicidad.

Le acompañaba su amiguita oficial, Totoche, una preciosa muchacha, que había visto en el diplomático una verdadera mina, de donde ir sacando los billetes de mil francos. Pero a pesar de hallarse acompañando a Buffetaut, no perdía de vista la reunión donde estaba el conde y de cuando en cuando, sus ojos picaruelos sabían decirle la simpatía que le había inspirado.

Pronto se dió cuenta André de que se le ofrecía una ocasión para vengarse de los discursos del diplomático, haciéndole una mala pasada y siguió aquel flirteo mudo, hasta que el acompañante de ella quedó rendido por el sueño, en la misma silla donde estaba sentado.

André tomó una copa de champaña y levantándola en alto se la ofreció a Totoche, que sonrió a la vez que hacía un gesto de aceptación. Se levantó el conde y fué a donde estaba ella diciéndole:

—¿Cómo puede estar al lado de ese hombre?

—¡Cosas de la vida!—respondió ella—. ¿Con quién quiere usted que esté?

—Con cualquier otro. Conmigo, por ejemplo.

—¿De verdad? ¿Querría usted que le acompañase?

Y André siguiendo en el plan de fiesta iniciado aquella noche, en vez de responderle en voz baja se puso a

cantar una canción, en la que le decía que aquel viejo diplomático no podría hacer su felicidad, mientras que él sabría amarla con locura.

Y ya puestos en el plan de no importarle el diplomático, Totoche le contestó de igual forma, entablándose entre los dos un dúo, medio cómico, medio sentimental, hasta que quedaron solos en el cabaret.

Eran ya las primeras luces de la mañana cuando André salía del cabaret acompañado de Totoche, que le preguntó:

—¿A dónde vamos ahora?

El conde, cuya cabeza no funcionaba muy bien en aquellos momentos, por culpa del maldito champaña, le respondió:

—Yo voy a mi casa.

—Pues vamos para allá—exclamó decidida Totoche, cada vez más interesada por la conquista que acaba de hacer.

Vivía el conde André de Lusanges en uno de los barrios más aristocráticos de la capital francesa. Era la misma casa, donde vivió horas felices en unión de su mujer y había querido conservar aquella morada que tantos recuerdos tenía para él. Era en verdad un edificio suntuoso, amueblado con exquisito refinamiento y en el que cada uno de sus objetos declaraban el gusto de su propietario y la categoría de su dueño.

Del brazo de Totoche llegó el conde a su morada y sin desnudarse siquiera, rendido por el sueño se arrojó sobre la cama sin hacer caso de las frases cariñosas que le dirigía

Totoche. Esta viendo que aquél no hacía caso de sus caricias decidió refrescar su cuerpo y le dijo:

—Oye, André.

—¿Qué quieres?—respondió éste molesto porque le despertaba.

—¿Quieres que me duche?

—Haz lo que te dé la gana, mujer—respondió él, a la vez que adoptaba una postura cómoda para poder seguir durmiendo.

—Luis—gritó el conde, llamando a su antiguo criado—. Dile a la señorita donde está la ducha.

El criado señaló, hacia el cuarto contiguo y entró Totoche. Una vez dentro volvió a llamar al conde para decirle:

—No encuentro la llave del agua, André.

—Luis, da la llave del agua de la lucha—exclamó nuevamente André.

Obedeció el criado y Totoche empezó a gritar diciendo:

—¡No tan fría!

—Dásela caliente, Luis—ordenó el conde.

Pero al minuto se oyeron otra vez los gritos de Totoche exclamando:

—¡Tan caliente, no, por Dios!

—Mira, Luis—exclamó indignado el conde—. Haz el favor de ponerle el agua a su gusto, como ella quiera, pero que me deje dormir.

Por fin, entre el criado y Totoche, consiguieron poner el agua al gusto de ésta y dejar que André durmiese tranquilamente.

Donde no hay dinero, sobra el amor

Esta visto que el conde de Lussange no podría dormir aquel día, pues apenas había vuelto a quedarse dormido entró su amigo D'Allouville y le zarandeó fuertemente, hasta despertarlo.

—¿Pero os habéis propuesto que no duerma nunca?—exclamó André.

—Es preciso que te despierte—le contestó su amigo.

—¿Para qué?

—Porque te necesito. Es un asunto que tú solamente puedes arreglarme.

—Te advierto que no tengo dinero.

—Ya lo sé, pero no es eso lo que quiero.

—¿De qué se trata, entonces?—preguntó André llevado a los mil diablos.

D'Allouville vió sobre una mesita un artístico reloj y le preguntó:

—Oye, ¿es verdad que este reloj vale tres mil francos?

—Sí, hombre—respondió André—, pero me supongo

que no habrás tenido la ocurrencia de despertarme solamente para hacerme esa pregunta?

Allouville, como si no hubiese oído lo que su amigo le decía, siguió hablando consigo mismo:

—Entonces esto es lo que me hace falta. Me lo voy a llevar. Tengo un apuro y necesito este reloj.

Lo tomó, con gran sorpresa de Luis, que lo veía maniobrar y se dirigió otra vez hacia la puerta.

—¿Quiere el señor que se lo envuelva?—preguntó el criado.

—No es necesario—respondió D'Allouville—. La casa de empeño está aquí cerca.

Y sin detenerse un instante bajó la escalera, para ir a pignorar el artístico objeto.

Antes de llegar a la puerta salió a su encuentro la portera y al verle el reloj, le dijo:

—¿Dónde va usted con eso?

—¿Y a usted que le importa, señora?

—Ya lo creo que me importa. Figúrese que me han dejado depositaria del embargo que van a realizar dentro de media hora y no puedo dejar salir nada de aquí.

—¿Pero también este reloj se van a llevar?

—Se van a llevar todo—exclamó la portera—. Ya era hora de que pagase el conde algo de lo mucho que debe.

En vista de que no conseguía convencer a la portera para que le dejase salir, D'Allouville volvió indignado al cuarto donde dormía André.

Totoche que había vuelto del tocador, al ver que llamaban a la puerta se precipitó en la cama y se cubrió con

Más aquel sueño sólo duró el tiempo indispensable que tardó Totoche en ducharse, porque tan pronto como hubo acabado, volvió otra vez a la cama del conde y viendo que éste dormía, trató de despertarlo mordiéndole cariñosamente una oreja y haciéndole otros mimos, que André sufría casi desesperado.

—Pero, ¿me quieres dejar dormir, querida?—le preguntó.

—¿Te molesta que esté a tu lado?—le reprochó dulcemente la muchacha—. Si supieras lo que me gustas. Te juro que eres mi tipo.

—Bien, muy bien. Te agradezco mucho esa distinción que me haces, pero déjame dormir.

—Oye, André—siguió diciéndole ella—. ¿Por qué no me ayudas a darme el masaje? ¡Anda, riquín, dame un poco de masaje!

—Luis—llamó el conde—. Dale a la señorita masaje.

—¡Yo, señor conde!—exclamó asustado el sirviente, a la vez que miraba ansiosamente el cuerpo bellísimo de la joven.

—Sí, hombre, sí—insistió el conde—. Dale masaje.

Jamás se había visto Luis en un aprieto como aquel y no estaba muy seguro de poder cumplir la orden de su dueño con todo el esmero que él mismo hubiera querido.

Totoche se volvió hacia él y mirándolo picarescamente le dijo:

—¿Has visto que tonto es tu amo? Le digo que es el hombre que más me gusta y me responde que quiere dormir. ¿Verdad, que es tonto?

Luis hubiera contestado con toda sinceridad de que no cabía duda de que su amo era tonto, puesto que sentirse querido por una mujer como aquella y preferir dormir a saborear la miel de sus besos era una solemne tontería. Claro que este pensamiento lo calló y se puso a dar masaje a Totoche, que había dejado al descubierto su espalda. Luis, casi sin atreverse a tocarla, pasó sus dedos por la espalda de Totoche que dió un grito exclamando:

—¡Ay! Así no, que me hace cosquillas.

—No le hagas cosquillas, Luis—gritó André—. ¿No ves que no me va a dejar dormir?

Procuró el criado nuevamente repetir la operación del masaje, pero Totoche comenzó también a reir a grandes carcajadas, producidas por las cosquillas que le hacía Luis.

—Pero ¿me vais a dejar que duerma esta noche?—preguntó intranquilo André.

—Señor—se atrevió a decirle el criado—. Ya no es de noche. Son cerca de las diez de la mañana.

—Bueno, da lo mismo. Lo importante es que me dejéis dormir.

Totoche se decidió a salir de la cama y se fué al tocador, mientras que el criado presentaba a su amo la correspondencia de aquel día.

André, sin leerla dejó caer las cartas al otro lado de la cama y continuó durmiendo tranquilamente, sin fijarse que entre la correspondencia había una citación de embargo, motivada por una de las muchas deudas que había contraído.

la manta, mientras que D'Allouville exclamaba indignado:

—¡A esto no hay derecho, André!

—¿A qué no hay derecho?—preguntó el conde.

—Pues no hay derecho a que tenga yo necesidad de dos mil francos y que cuando creo que he encontrado el medio de obtenerlos, resulte con que me van a embargar.

—Bueno, mira—respondió André—. A mí no me interesa nada de ese embargo. Lo único que te ruego es que me dejes dormir tranquilamente.

Totoche que había oído aquello del embargo y convencida ya de que el conde estaba arruinado, sintió inmediatamente que todo su interés por él había desaparecido y salió de la cama para vestirse apresuradamente. Entró otra vez en el tocador vació todos los frascos de perfumes que había en uno grande y después de ocultárselo convenientemente salió a donde seguían discutiendo los dos amigos y le preguntó a André.

—¿De veras estás arruinado?

—Por completo—le respondió éste.

—Pues entonces, querido, me voy. Tengo que estar sin falta dentro de una hora con mi empresario. Ya nos volveremos a ver alguna vez.

Pero viendo que él no le regalaba nada, se hizo la insinuante, hasta que André comprendió lo que deseaba. Se echó mano al bolsillo y viendo que sólo tenía cuarenta céntimos, se arrancó una perla que llevaba en la pechera y se la entregó, diciéndole:

—Toma, para que te acuerdes de mí.

Totoche tomó rápidamente la piedra y se alejó, ante la mirada iracunda de D'Allouville.

Una vez en la puerta, se volvió hacia los dos amigos y haciéndoles un gesto de burla, terminó por marcharse.

—¿Es decir, que estás completamente arruinado?

—Ya lo has visto—respondió André—. Sólo me quedan cuarenta céntimos. Si tienes bastante con eso, es lo único que puedo ofrecerte.

—¡Parece mentira que hayas llegado a ese extremo! —exclamó D'Allouville, sin poder contener su indignación. —¡Claro, te has tirado tu fortuna en fiestas, y ahora nos vemos en esta situación!

—¿Querrás decir—le atajó André—que me veo en esta situación?

—Te ves tú y nos vemos tus buenos amigos.

—Claro está—exclamó en un arrebato de indignación André—estás acostumbrado a saquearme y ahora te asusta el que tu banquero se haya arruinado, ¿verdad?

D'Allouville, viendo que llevaba mal camino de seguir así, intentó recoger velas y le dijo:

—Pero tú debes poner fin a esta situación. Debes ver el medio de recuperar lo que has gastado.

—¿No sé de qué forma?—preguntó André.

—Tu mujer es riquísima. Ha heredado unos cuantos millones de su tío Paúl.

—Ese dinero es de mi esposa y a mí no me pertenece nada de él.

—Bien, pero lo que es de la mujer, debe ser también del marido. Yo, por lo menos, intentaría...

—Yo no intento nada—exclamó inmediatamente André—. No quiero nada que pertenezca a mi mujer.

—¿Crees que te lo negaría? ¿No seguís siendo buenos amigos?

—Nos separamos amigablemente—respondió André—, pero ya hace tiempo que no la veo. Fué una ruptura cordialísima, que no dejó entre nosotros el más leve recuerdo desagradable.

—¡Entonces, eres un idiota al no querer recurrir a ella! exclamó D'Allouville.

—Mira, D'Allouville, ¡Te prohibo terminantemente que te metas en los asuntos de mi mujer y míos! ¿Te enteras?

—Está bien, hombre—respondió su amigo—; pero algo has de pensar para salir de esta situación.

—Ya te he dicho que no quiero pensar nada, ni saber nada.

En aquel instante, un ruido espantoso de cacharros que se vienen al suelo llamó la atención de los dos.

—¿Qué es eso?—preguntó André.

—Deben ser los del embargo, que ya han empezado a trabajar—respondió D'Allouville.

Poco después se presentó Luis, diciéndole a su dueño:

—Señor, ahí está el secretario del Juzgado, que viene a lo del embargo.

—Que pase—respondió André.

Y ante la extrañeza de los dos amigos, apareció Botteffaut.

—¿Pero usted es el secretario del Juzgado?—preguntaron a una.

Butteffaut, al verse sorprendido en su verdadera personalidad, exclamó:

—Sí, señores, yo soy.

—Pero, ¿no era usted diplomático?—preguntó otra vez D'Allouville.

—Eso es solamente en el cabaret, cuando estoy con Totoche, con mi adorada Totoche. Les ruego que no digan a nadie nada de lo que acaban de descubrir.

—Descuide usted; seremos dos difuntos en este aspecto.

Con el señor Butteffaut entró también el escribiente del Juzgado, un hombrecillo pequeño y escuálido, que inmediatamente se puso a tomar nota de todo lo que había en la habitación.

D'Allouville, indignado, se acercó a él y le preguntó:

—¿Quién le ha dado a usted permiso para entrar aquí?

—Soy el escribiente del Juzgado y si necesitara pedir permiso para entrar en todas las casas que se embargan, no haría ni uno sólo.

—¿Y qué es lo que hace usted aquí, con ese lápiz y esas apuntaciones?

—Tomo nota de todo lo que hay en esta habitación, para que no falte nada. El embargo ha de ser de todos los muebles.

—Pero, ¿me dejarán ustedes por lo menos la cama, para que duerma?—preguntó André, cuya única preocupación era la de dormir.

—Imposible, querido conde—respondió el secretario.

La orden de embargo es general y tendremos que llevarnos todo.

—¿Y no hay manera de evitar esto?—preguntó nuevamente André.

Buffetaut le miró sonriendo y le respondió con cierta ironía:

—Claro que la hay, y muy fácil.

—¿Y qué hay que hacer para evitarlo?

—Pues, simplemente, pagar.

—¿Cuánto?

—Doscientos doce mil, cuatrocientos ochenta francos con cuarenta céntimos.

—¡Hombre, qué casualidad!—exclamó el conde, echándose mano al bolsillo—. El pico de los cuarenta céntimos es lo único que tengo.

—Admiro tu buen humor, hombre—exclamó D'Allouville—. Te encuentras en una situación de lo más embarazosa que hay, y todavía lo tomas a broma.

—¿Y qué es la vida, sino una broma continua?—respondió André—. Además, ¿puedo hacer yo algo para impedir esto?

—Lleva usted razón, señor conde—respondió Buffetaut. —Si no puede pagar, nada puede hacer.

Mientras tanto, la casa iba quedando poco a poco vacía. Los obreros se dedicaban a llevarse los objetos, que no rompían, y el conde salió hacia las otras habitaciones, para ver cómo iban desmantelando todos los cuartos. Con infinita tristeza veía desaparecer todos aquellos objetos que le eran tan queridos; pero al ver el piano, el mismo en que

otras veces había cantado su amor a su esposa, sintió tan grande melancolía, que no pudo menos que sentarse en él y recorrer nuevamente su teclado.

Aquel momento tan trágico de su vida le suscitó una nueva canción, una canción en la que daba el adiós a todos aquellos objetos, una canción que escondía todo su pesimismo, pero tan bien cantada, que atrajo la atención de los obreros, los cuales dejaron de trabajar para oírlo y corearla al mismo tiempo.

Y al terminar las últimas notas del estribillo, como si quisieran llevarlo en triunfo, los obreros levantaron el piano, y con él a André, llevándolos hasta otra habitación contigua.

Volvió a quedar solo otra vez. D'Allouville se había ido, para ver si encontraba a algún amigo a quien poder sablear, ya que el ataque al conde le había resultado un fracaso, y cuando mayor era la tristeza de André, apareció en la casa Susana, su esposa, con gran sorpresa de Luis, a quien le preguntó:

—¿Está en casa el señor?

—Sí, señora—respondió el criado—. ¿Quiere que le avise?

—No es necesario, Luis—replicó ella—. Iré yo misma a buscarlo.

Susana era una mujer bellísima, pero de una belleza sentimental, atractiva, en la que se reflejaba toda la bondad de su alma. Había estado plenamente enamorada de su marido, había gozado a su lado la dicha de sentirse amada por él, hasta que la vida, algo libertina, del conde, dió

al traste con las cordiales relaciones de los esposos y bos se impusieron aquella separación amistosa, que dur ya cerca de dos años.

que ella misma lo pudiera remediar, sentía c añoranza al recorrer otra vez aquellos lugares donde feliz había sido y donde también sufrió tanto. Pero s reponerse y se dijo a sí misma:

—Es difícil la misión que traigo, pero creo que An sabrá portarse como un caballero.

Llegó, por fin, donde estaba André y éste, al verla, rrió hacia ella como si quisiera buscar un refugio a su p en los brazos de la amada.

—¡Susana!... ¿Tú aquí?—exclamó el conde. Mas a gesto de ella detuvo su vehemencia y esperó a que ella ma explicara el motivo de su visita.

En aquel momento pasaron algunos obreros con var muebles, y Susana preguntó:

—Pero, ¿qué sucede aquí, que todo está desmantela

—Pues verás, nada, absolutamente, nada—respon comprometido el conde, no queriéndole decir la verdad.

—¿Pues parece todo lo contrario?—insistió Susana No hay un mueble en su sitio. Además, ¿qué hacen a esos hombres?

André sudaba materialmente. Temía que su mujer diera descubrir su verdadera situación, hasta que una i luminosa vino a sacarle del atolladero en que se encontra

—Pues se trata de que me mudo.

—¿Dejas esta casa?—preguntó ella.

—Sí, he decidido trasladarme a un hotel. ¿Para q

quiero yo esta casa tan grande, siendo yo solo? Pero, hablemos de lo tuyo. ¿Necesitas algo de mí?

—Sí, André: he venido porque tengo un asunto importante que decirte. Deseo que me hagas un favor, cueste lo que cueste.

—Estoy a tu disposición, y si de mí depende, puedes estar segura de que lo tienes concedido.

—Pues, vengo a pedir tu consentimiento para nuestro divorcio.

Un nuevo dolor venía a aumentar el que ya experimentaba André. No obstante, se repuso y, sin tratar de disimular la pena que le causaba aquella decisión de su esposa, le respondió:

—¿Si crees que de mí depende tu felicidad...?

—Estoy segura de ello—le respondió su esposa.

—Pues entonces, concedido. No tienes más que hablar con nuestros abogados y decirles que tienes mi autorización.

—Gracias, André—respondió ella—. No creí que te encontraras tan dispuesto a ello.

—¿Por qué no? ¿Me he opuesto yo nunca a lo que tú has querido? Quisiste que nos separásemos y yo consentí, a pesar de amarte más que a mi propia vida...

—No hablemos ahora de amor, entre nosotros, André—le interrumpió ella—. Hablemos de lo del divorcio.

—Ya te he dicho que lo tienes concedido. ¿Y quién es él?

—Roberto Guilde. Un ingeniero, un hombre muy serio y sobre todo muy trabajador.

—Sí, todo lo contrario a mí— respondió tristemente André.

Susana se había creído más fuerte: casi estaba segura de que no amaba ya a su marido; pero aquella melancolía que él expresaba en sus palabras, le producía cierto dolor, algo así como una amargura, que nunca creyó sentir al verse de nuevo junto a su esposo.

Este jugaba distraídamente con un precioso jarroncito que había colocado sobre la chimenea de la habitación, cuando entró el escribiente del Juzgado, que seguía tomando nota de todo. Al ver a la pareja, creyó que se trataba de algo diferente y se dijo:

—Vaya una escenita que me van a dar éstos. Pues lo que es yo, no la presencio.

Miró a su alrededor, y al ver una canasta de ropa vacía, se metió allí, mientras que de cuando en cuando, sacaba la cabeza, para seguir anotando todos los objetos.

En una de aquellas maniobras, oyó que Susana le decía a su esposo:

—Es precioso, ese jarrón.

—¿Te gusta?—le preguntó André.

—Es de muy buen gusto—respondió Susana.

—Pues te lo regalo. Será mi presente de boda.

—¡Eso no puede ser!—exclamó el escribiente—. Todo lo de aquí ha de ser inventariado.

—¿Qué dice ese hombre?—preguntó extrañada Susana.

André dejó intencionadamente caer el jarrón al suelo, para que se rompiera al mismo tiempo que contestaba a su esposa.

—No sé. Apenas me he dado cuenta de lo que decía. Se trata del encargado de la mudanza y debe haberme preguntado algo. Lo lamentable es que con su interrupción me haya distraído y se me haya caído el jarrón.

—¡Ha sido una verdadera lástima!—suspiró ella.

—Entonces—siguió diciéndole él—, ¿ésta es la última vez que nos vemos como esposos?

—¿Quién sabe?—respondió Susana—. Falta todavía una semana para nuestra boda, si es que puede estar ya arreglado lo del divorcio para esa fecha... Adiós, André.

—Adiós, Susana—contestó él. Y al verla marchar tuvo un momento de indecisión en el que su amor le impulsaba hacia ella. Sintió deseos de correr a detenerla, de estrecharla entre sus brazos y besarla con toda su alma, para darle a comprender que ella era la única que reinaba y había reinado siempre en su corazón. Mas la presencia de su ruina le detuvo, suspiró tristemente y llamó a su criado.

Cuando se presentó éste, le dijo, dispuesto a salir también él de la casa.

—Luis, dame el traje azul y el abrigo gris.

—Imposible, señor.

—Imposible, ¿por qué?

—Porque han salido.

—¿Que han salido?... ¿Adónde?

—Estaban embargados.

—Entonces, ¿qué ropa me queda?—preguntó el conde.

—Queda el frac que tiene usted puesto y este sombrero—respondió el criado entregándole un "claque".

—Menos mal que me lo han dejado—exclamó André.

—Lo dispone así la ley, señor.

—¡Qué amable!—replicó irónicamente André—. Es c
cir, que de todo el pasaje... sólo queda un hombre de fr

El criado no se atrevió a hacer ninguna alusión y d
a André solo, que pausadamente se dirigió hacia la ha
tación contigua, para salir a la calle.

Miró a un lado y a otro para asegurarse de que esta
completamente solo y cuando estuvo convencido de ell
abrió un armario y sacó de él una botella de "whisky", b
bió varios vasos y últimamente apuró lo que quedaba, l
biendo en la misma botella. Volvió a dejar todo en el mis
sitio en que estaba y se dispuso a salir.

Ya en la puerta se encontró con el escribiente, que d
jaba una cama plegable en la habitación, y le pregu
extrañado:

—¿Qué hace usted con esa cama?

—Se la dejo aquí para que duerma.

—Para que duerma, ¿quién?

—Usted—respondió el escribiente—. Es la cama de
doncella.

—¿Y cree usted que yo voy a dormir en ella? Mis a
tepasados cuando han dormido en la cama de una doncel
ha sido en circunstancias bien diferentes a esta.

—Eso, usted hará lo que mejor le parezca. Yo cump
con mi obligación dejándola aquí.

André se encasquetó su sombrero y salió a la calle.

LA FALTA DE UNA AMERICANA

En la puerta miró a un lado y a otro para orientarse, en aquel momento se detuvo ante él un autocar. Bajó de interior un hombre, que sin darle tiempo a nada lo tomó un brazo y lo hizo subir al coche.

Cuando André se encontró allí, en unión de otros via-, le preguntó a uno de ellos:

—¿Sabe usted a dónde vamos?

El interpelado sacó un pitillo y se lo entregó, a la vez le hablaba en un idioma completamente desconocido pa- André. No obstante, éste agradeció el obsequio y colocán- el cigarro en la boca le preguntó al viajero que estaba el otro lado:

—¿Sabe usted a dónde vamos?

El viajero hizo un signo afirmativo con la cabeza y An- se dijo:

—Menos mal que voy a saber a dónde me llevan. Hay ver a cuántos embargan en París.

ero quedó sorprendido cuando vió que aquél sacaba cerilla y le ofrecía fuego, a la vez que le hablaba tam- en otro idioma que no conocía.

Entonces uno que iba detrás de él, se adelantó hacia su asiento y le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que rueda usted?

—¿Que si hace mucho tiempo que ruedo?

—Sí. ¿Acaso no ha rodado usted nunca?

—Ah, sí—exclamó André, sin saber a lo que podría referirse aquél—. He rodado mucho, mucho, y lo que tengo que rodar todavía. ¿No lo sabe usted muy bien?

Sin embargo, todo aquello tenía su explicación, que era la siguiente:

El autocar pertenecía a una empresa cinematográfica, el cual iba recogiendo a los extras, vestidos de frac, que habían de tomar parte en un film. Cuando el "regisseur" vió a André esperando en la puerta de su casa, lo tomó por un compársa y por eso se precipitó sobre él, haciéndole subir.

Llegaron por fin a los estudios Paramount, que eran los de la empresa cinematográfica, y el autocar se detuvo. Descendieron todos y sin perder momento pasaron al "plateau" donde se estaba filmando una escena.

El director iba de un lado para otro dando órdenes, que su asistente repetía por medio del altavoz; se encendieron los focos, se movieron las cámaras y entonces fué cuando André se dió cuenta de dónde estaba y le preguntó a uno de sus compañeros del autocar:

—Pero, ¿es que vamos a trabajar en el cine?

—Pues claro que sí—respondió el otro—. ¿A qué creía usted que ha venido aquí?

No tuvo tiempo de responder, puesto que el director dió orden de que se colocasen en fila los extras y uno a uno

fué inspeccionando a todos. Cuando llegó a donde estaba André le dijo:

—Muy corto ese chaleco. Vea a sus compañeros, todos están bien. A usted se le nota que no ha llevado nunca un frac. No nos sirve.

André, qu se había hecho la ilusión de ganar algunos francos, gracias a la casualidad de ir vestido de frac, vió que se desvanecía aquella esperanza, pero el director la hizo renacer en él, diciéndole nuevamente:

—Bueno, puede quedarse, pero cobrará menos que los otros.

No le importaba a André aquella rebaja del sueldo, puesto que, gracias a lo que le dieran, podría comer algo, ya que su estómago empezaba a reclamarle algún alimento, con una exigencia a la que nunca estaba acostumbrado.

Pero su mala suerte era tan grande aquel día, que el director dió orden de suspender la escena en la que debían salir de frac, ordenando que se lo cambiasen por americana.

—Es que yo no tengo ninguna americana—replicó André.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga? ¿No ha visto cómo todos sus compañeros la dejan en el estudio por si les hace falta?

—Sí, pero yo no sabía...

—Nada, nada, rodará usted otro día—terminó diciéndole el director a la vez que lo empujaba hacia la puerta para que se fuera.

Comprendió André la invitación que le hacía y con sus

cuarenta céntimos por todo capital emprendió el regreso a París.

Llevaba ya andando cerca de una hora, cuando pasó por la puerta de un cementerio y se vió detenido por un hombre que le saludó humildemente diciéndole:

—Señor conde, ¿acaso le aflige a usted alguna desgracia?

André se le quedó mirando y el otro, adivinando que no le conocía, le preguntó:

—¿No se acuerda usted de mí?

—La verdad, en este momento, no caigo—respondió André.

—Soy Fermín, señor conde. He estado varios años a su servicio.

—¡Ah, sí, ahora me acuerdo!

—¿Y se le ha muerto algún familiar?—volvió a preguntar Fermín.

—¿Por qué?—preguntó André.

—Como veo al señor conde vestido de etiqueta...

—Sí, sí—exclamó André—. Es verdad, lo había olvidado.

—¿Cómo dice? ¿Que lo había olvidado?—preguntó extrañado Fermín—. ¡Vamos, se trata de un pariente lejano, quizás!

—Sí, es una tía, una tía mía que ha muerto.

—¿Y le ha dejado mucho dinero el señor conde?—preguntó intencionadamente Fermín.

—No lo sé todavía—respondió él—. No han abierto el testamento.

—¿Y vuelve ya el señor conde hacia París?

—Sí, me voy—respondió André intentando separarse de su antiguo criado, que le preguntó solícitamente:

—¿Quiere el señor conde que avise a su chofer?

—¿A qué chofer?

—Al del señor conde—insistió Fermín.

—No, de ninguna forma—replicó el conde—. Quiero dar un paseo y le he dicho que no me esperase.

—¿Un paseo hasta París?—preguntó asombrado Fermín—. Si hay cerca de tres horas de camino a buen paso de aquí a la población.

—Pues entonces, ya veré dónde voy.

—¿Llamo a un taxi?—inquirió Fermín.

—No, de ningún modo—se opuso André, pensando que solamente llevaba cuarenta céntimos y esos los necesitaba para tomar por lo menos un bocadillo—. A mí los taxis no me gustan. Suelen a veces ocurrir tantas cosas desagradables en los taxis...

—Pues si quiere el señor conde, yo puedo ofrecerle mi coche.

—¡Ah! ¿Pero tienes coche?

—No, señor; no es mío, es de la casa.

—¿Y qué diría tu amo cuando me vea dentro de él?

—No puede decir nada, porque mi amo no está aquí.

—¿Y a qué has venido entonces?

—Es que no le he dicho todavía al señor conde que soy empleado en una compañía de pompas fúnebres. Mi coche es ese, el de luto, que acompaña al muerto.

—Pues nada—exclamó André, viendo de aquella forma la manera de volver a París, sin necesidad de andarse aquellas tres horas—. Acepto tu ofrecimiento. Así iremos charlando un rato.

Subieron al coche y mientras iban camino de París, Fermín continuó diciéndole:

—Lo que siento es que no podré dejarlo en la ciudad, pero quedará muy cerca de ella.

—¿Vas a otro entierro?

—No, a una boda.

—¿A una boda? ¿Y con ese traje?

—Es que llevo otro aquí, en el mismo coche. La compañía de pompas fúnebres es también la que se encarga muchas veces de llevar y traer los invitados a las bodas. Después de todo, es el mismo negocio, porque una boda y un entierro son dos cosas que se parecen mucho, ¿verdad, señor conde?

—Llevas razón, Fermín.

Este empezó a desnudarse y al quedar en calzoncillos André no pudo menos que hacerse la siguiente reflexión.

—¿Quién me iba a mí a decir, hace unos meses, que me iba a ver dentro de un coche de funeraria y con un criado mío en tal estado?

—¿Decía algo el señor conde?—preguntó Fermín.

—No, nada, que es curioso lo de esa empresa funeraria.

Y siguieron la ruta hacia el merendero donde se celebraba la boda, mientras que Fermín le iba dando detalles de su nuevo empleo.

...—¿Cómo puede estar al lado de ese hombre?—

—Pero, ¿qué quieres decir dormir, querida?—le pregunta.

—Llevo usted razón, señor conde —respondió Buffetaut.

Una vez en la puerta, se volvió hacia los dos amigos y...

Mientras tanto la casa iba quedando poco a poco vacía...

... los obreros levantaron el piano y con él a André.

...y al ser una canasta de ropa vacía...

—¡Eso no puede ser! exclamó el caballero!

UNA SITUACION COMPLICADA

Por fin llegaron a la puerta del merendero y Fermín le dijo:

—Ya hemos llegado, señor conde. De aquí a París sólo tendrá usted que andar media hora. He tenido mucho gusto en volverlo a ver, señor conde.

—Adiós, Fermín—respondió el conde, ofreciéndole la mano.

Desapareció el antiguo criado y quedó un momento solo André, sintiendo más que nunca la necesidad de comer algo. En aquel momento se le presentó un señor, que cogiéndole por el brazo le dijo:

—Pero, ¿qué hace usted aquí, hombre de Dios?

—Pues verá usted, estaba pensando...

—Nada, no piense usted nada. La cosa ya está hecha y pecho al agua. Eso lo debía haber pensado antes de casarse... Ahora vamos a dentro que nos van a hacer una fotografía.

—¿Y qué tengo yo que ver con la fotografía?—preguntó extrañado André.

—Claro que tiene usted que ver. En el grupo no puede faltar el novio.

Y quieras que no, André, tomado por el novio, fué introducido por el invitado al salón donde se celebraba la boda, cuando el fotógrafo se disponía ya a tirar la placa.

—Quietos, no se muevan—gritó el fotógrafo.

Todos adoptaron una postura adecuada para salir bien en la fotografía, mas antes de que el fotógrafo pudiera cumplir su misión, apareció un camarero gritando:

—Señores invitados, el lunch está servido.

Todos olvidaron, ante aquellas palabras, la fotografía y como una sola persona se precipitaron hacia el salón donde estaba servido el lunch. Las viandas desaparecieron como por arte de encantamiento ante los anfitriones, y cuando André llegó, satisfecho de poder saciar el hambre que ya le devoraba, vió que no quedaba nada para comer y tuvo que contentarse con oir a los demás invitados exclamarse, diciendo que aquélla había sido una boda espléndida.

—He comido como en ninguna otra—decía uno de ellos.

André se lo quedó mirando y envidiando la suerte de aquel hombre que había podido satisfacer tan plenamente su apetito.

—Hay que ver el derroche que se ha hecho de todo—decía otro.

También se volvió hacia él André, para fijarse en el que tan opulentamente había comido. Hasta que finalmente desengañado y convencido de que allí ya no quedaba nada para comer, decidió marcharse a París, y ver si encontraba a su amigo D'Allouville, quien indudablemente habría

sableado a alguien y le dejaría para cenar, porque a la hora que era ya había pasado el momento de comer.

Volvió a salir a la calle y en la puerta se encontró con un taxi, cuyo dueño le abrió respetuosamente la portezuela. Sin más pensamiento que el de la comida, André se coló dentro del coche y cuando ya anduvo algunos kilómetros fué cuando se dió cuenta de que sólo tenía cuarenta céntimos para pagar el taxi. ¿Qué hacer en aquellas circunstancias? Lo mejor sería continuar en el taxi hasta llegar a donde estuviera D'Allouville y pedirle algún dinero con que satisfacer la cuenta del taxímetro. Al llegar a París el chofer le preguntó:

—¿Dónde quiere el señor que le lleve?

—A "Les Ambassadeurs"—respondió sin titubear André.

Minutos después llegaron a la puerta del famoso restaurant, en el mismo instante en que André miraba la cuenta del taxi y vió con horror que marcaba treinta y cinco francos.

Bajó del coche y le dijo al conductor.

—Espéreme aquí, hasta que salga.

Una vez dentro del restaurant preguntó por su amigo y al decirle que no estaba no se atrevió a pasar dentro y lo esperó, seguro de que no faltaría.

Así fué en efecto. Apenas había esperado un cuarto de hora cuando entró D'Allouville. Al verlo corrió hacia él y le preguntó:

—¿Encontraste algún dinero?

—Sí—respondió él—. Encontré quinientos francos.

—Entonces, estamos salvados. Podrás pagar mi taxi y cenaremos.

—Eso es ya más difícil.

—¿Qué quieres decir?—preguntó indignado André—. ¿Acaso te niegas a este favor?

—No es eso, hombre. Yo te he dicho que encontré quinientos francos, pero he estado en las carreras...

—¿Y qué?

—Pues ya no tengo más que una deuda con el taxista que me ha traído y que esperaba encontrarte a ti para ver si tú habías hallado el medio de que saliera de este apuro.

—Pues en el mismo caso me encuentro yo—exclamó desalentado André—. No tengo más que los cuarenta céntimos de esta mañana.

—Pues tú dirás lo que hacemos—le preguntó D'Allouville.

—Yo lo único que sé es que tengo un hambre salvaje. Me comería ahora todo lo que me pusieran por delante.

—Pues vamos a dentro. Tal vez encontraremos a alguien que nos convide.

Al pasar por el guardarropa la muchacha encargada de él pretendió recogerle los sombreros y los bastones, pero ellos se negaron diciéndole:

—No, muchas gracias. Vamos a ver si está aquí un amigo. Tal vez no nos quedemos.

Entraron dentro. Las mesas estaban casi todas ocupadas por varios amigos, pero ninguno de ellos hizo la menor indicación de que se sentaran a cenar. Saludando a unos, sonriendo a otros y recorriendo todas las mesas fue-

ron de un lado a otro de la sala, mientras que los camareros cruzaban ante ellos llevando ricas viandas que despertaban aún más el apetito de los dos amigos.

—Mira, yo creo que lo mejor que debemos hacer es sentarnos y cenar—propuso D'Allouville.

—¿Y a la hora de pagar?—preguntó André.

—Pues te echas mano a la cartera y dices que te la has dejado en casa. Nadie dudará de tus palabras.

—Imposible—protestó André—. No me gusta mentir. Además se me conocería inmediatamente.

—Pues no veo nada que pueda solucionar nuestra situación. Pero calla... ¡Ya está aquí!

—¿El qué es lo que está aquí?—preguntó extrañado su amigo.

—Pues la cena. En este momento está entrando nuestra cena. Mira quién entra, el diplomático, mejor dicho, el secretario del Juzgado. Este individuo para que no le descubramos nos pagará la cena y todo lo que sea preciso.

—¡Buena idea!—exclamó André—. Vamos a abordarle.

Los dos amigos se dirigieron hacia donde estaba Buffetaut y exclamaron a un tiempo:

—Señor secretario, ¡cuánto gusto!

—¡No, por Dios!—respondió tímidamente el secretario—. No me descubran ustedes. Aquí ya saben lo que soy. Si se entera Totoche estoy perdido.

—Pues tenga usted confianza, que por nosotros no se ha de enterar.

—¿Pero no se sientan ustedes?—preguntó el secretario—. ¿Quieren acompañarme?

—Con mucho gusto—exclamaron los dos—. Estábamos esperando a un amigo, pero eso no importa para que le hagamos un rato de compañía, ya que es usted tan amable al invitarnos.

El secretario llamó a un camarero, pero en vez de pedir la cena, que con tanto deseo esperaban los dos amigos, le dijo:

—Traiga tres oporto—y dirigiéndose a ellos les preguntó—: ¿Supongo que desearán ustedes oporto?

—Sí, oporto—respondió André.

—Desde luego—exclamó D'Allouville—. Antes de comer nada más indicado que el oporto.

Apenas habían terminado de beber el aperitivo, cuando se presentó Totoche diciéndole al secretario:

—Perdóname si he tardado tanto, riquín.

Buffetaut sonrió bondadosamente y creyendo que no conocía al conde se lo presentó, diciéndole al conde, también:

—Le presento a mi amiguita Totoche, artista lírica, y al señor, que es su empresario.

—Mucho gusto en conocerla, señorita—exclamó sonriendo André.

—Yo creo que le conozco—respondió Totoche—, por lo menos he oído hablar de usted.

—¿Quién no ha oído hablar del conde de Lusange—intervino ufano Buffetaut—. Es uno de los aristócratas más distinguidos de París.

—Muy amable, señor embajador—replicó André.

—Diplomático, diplomático, nada más—suavizó Buffetaut.

Pronto comprendió André que allí estaban molestando a los dos tórtolos y que lo mejor que podían hacer era marcharse, por lo cual se despidió de ellos, dejándolos que siguieran diciéndose todas aquellas ternezas que habían comenzado ya a iniciar.

Cuando estuvieron alejados de la mesa del secretario del Juzgado, D'Allouville exclamó indignado:

—¿Por qué te has ido? Ahora que ya habíamos encontrado el medio de cenar, dejas perder tontamente la ocasión.

—No puedo, amigo mío—exclamó André—. He comprendido que estábamos molestando y no era oportuno seguir allí.

—Ese maldito oporto—exclamó D'Allouville—me ha despertado todavía más el apetito.

—Y a mí también, pero me parece que esta noche no cenamos.

—Y el taxi corriendo en la puerta. No quiero ni pensar la cantidad que debe marcar.

Dieron una vuelta por la sala, mientras que Buffetaut trataba con Totoche de su próximo debut en uno de los teatros de Montmartre.

—¿Usted cree que no fracasaré?—le preguntaba Totoche a su empresario.

—De ningún modo—respondió éste—. Tenga usted la seguridad de que su debut será un éxito.

—Estoy deseando de que llegue ese día, para ver si es verdad todo lo que usted dice—siguió diciéndole Totoche—. Tengo un miedo horrible.

—No se preocupe—replicó el empresario—. Todo depende de un buen vestuario y de que la revista se monte con lujo. Claro que a todo esto es necesario unir una buena propaganda. Si usted encontrara quien se encargara de hacerle una buena propaganda, todo lo demás correría de mi cuenta.

—De eso me encargo yo—exclamó Buffetaut—. No quiero que escatime usted ni un céntimo para que el debut de Totoche sea un verdadero éxito.

—Pues descuide usted, que dejándolo de mi cuenta, todo saldrá a pedir de boca.

—¿Estás contenta ahora?—preguntó melosamente Buffetaut a su amiguita.

—Estoy loca de alegría—respondió ésta, dándole como premio un beso y un abrazo, que terminó por derretir al secretario del Juzgado.

—Ahora es preciso que te deje unos momentos, querido. Empieza ya mi número y tengo que trabajar.

Buffetaut se levantó para acompañarla a su cuarto, pero ella con una sonrisa maliciosa le dijo, deteniéndole:

—Ya sabes que está prohibida la entrada a toda persona extraña al servicio de la casa.

—Bueno, yo seré extraño al servicio de la casa—respondió Buffetaut, insistiendo en su deseo de acompañarla—, pero por lo menos estoy a las órdenes de una de la casa.

—Imposible, riquín. ¿Qué diría el dueño? Además todas las demás chicas podrían decir igual y eso es imposible.

Que quieras que no, el pobre secretario no tuvo más remedio que conformarse con esperar allí a su amiguita, pero como la espera se hacía un poco larga, hasta que ella trabajase, decidió encargar el menú para la cena.

Se acercó al "maitre" y le dijo:

—Es preciso que nos prepare usted una cena verdaderamente extraordinaria, digna de un diplomático. Quiero invitar al empresario de Totoche y no quiero que crea que soy roñoso.

—Descuide, señor diplomático—respondió el "maitre"—. Yo mismo me encargaré de confeccionar el menú y tenga la seguridad de que quedará altamente satisfecho.

Volvió otra vez a su mesa, en el preciso momento en que la orquesta ejecutaba un alegre charlestón.

Salieron las "girls" y después de hacer algunas evoluciones, apareció Totoche. Su presencia fué saludada con una salva de aplausos de todos los concurrentes y Buffetaut sintió esa satisfacción íntima que produce al ver deseada una cosa que solo a él, según creía, pertenecía.

Mientras bailaba, Totoche no dejaba de mirarle y sonreírle, pensando en que de la voluntad de aquel hombre dependía su debut en el teatro.

Al mismo tiempo el secretario del Juzgado se decía interiormente:

—Era lo único que me faltaba para ser en todo un diplomático. Lanzar a una artista, a una artista como To-

toche, que llegará a la cúspide de la fama. Verdad que me cuesta caro este capricho; pero, ¿qué no daría yo por no perder el cariño de esta preciosa muñeca que todos me envidiarán?

Y con estos dulces pensamientos, el secretario no se daba cuenta de los guiños y monadas que de vez en cuando le hacía a André, cuya situación aquella noche no era la más propicia para dedicarse a la conquista de ninguna mujer.

Por fin terminó el baile y Totoche, después de salir repetidas veces, a requerimiento del público que la aplaudió, fué nuevamente a sentarse a la mesa de Buffetaut diciéndole:

—¿Te ha gustado lo que he cantado?

—Mucho—respondió él, pasándole un brazo por la cintura—. Ya sabes que todo lo que tú cantas me gusta. Yo creo que es verdad lo que dice tu empresario. Que en pocos días llegarás a ser la "estrella" mimada de todo París.

Llegó el empresario poco después y los tres se dispusieron a cenar tranquilamente, sin acordarse del conde y de su amigo que continuaban esperando la llegada del rumboso amigo que los invitase a cenar.

Pero el tiempo iba transcurriendo y el mesías tan esperado no llegaba por ninguna parte.

Dieron otra vuelta por la sala y el encargado al verlos se les acercó y le preguntó solícitamente a André:

—¿Desea una mesa el señor conde?

—No, gracias—respondió éste—. Esperamos un amigo.

—¿Quieren que le lleven los sombreros al guardarropa?

—Ya le he dicho que no sabemos si nos quedaremos. Depende de lo que disponga el amigo a quien esperamos.

—Como guste el señor conde—terminó diciendo el encargado, a la vez que se marchaba hacia otra mesa.

—Tenemos que terminar esta situación—le dijo D'Allouville—. Fíjate que todo el mundo empieza ya a mirarnos.

—Llevas razón. Vámonos de aquí.

—¿Y te atreves a salir a la puerta con lo que tienes que pagar de taxi y sin más capital que cuarenta céntimos y un apetito enorme? Mira, lo mejor que podemos hacer es que tú te quedes aquí. Yo me voy a Saint-Germain. El que primero encuentre al que ha de pagar la cena llama al otro y salvados. ¿Qué te parece?

—Es la mejor idea.

—Pues hasta luego, entonces.

—¡Que tengas suerte!—le dijo André despidiéndolo.

—Lo mismo te deseo, chico—respondió su amigo.

Dió André una vuelta más por la sala, hasta que de pronto se vió sorprendido por la presencia de un amigo suyo, un tal Soyer, que apenas lo vió se dirigió a él diciéndole:

—¡Me alegro encontrarte, André!

—"Este piensa que podrá darme un sablazo"—se dijo interiormente André.

—¿Has cenado ya?—siguió diciéndole Soyer.

—Esperaba a un amigo para hacerlo—le respondió André.

—Pues entonces te convido, mientras cenamos te explicaré lo que me pasa.

—¿Cuestión de dinero, eh?—le preguntó sonriendo André para ponerse en guardia y saber a ciencia cierta quién de los dos tenía que pagar la comida.

—Nada de eso. Se trata de faldas.

—Ah vamos—exclamó André, sentándose en una mesa y entregando al camarero su sombrero y su bastón, para que lo dejara en el guardarropa.

—Pues tú dirás—le dijo a su amigo.

—Antes de nada—empezó diciéndole aquél—quiero pagarte aquella pequeña cuenta que te debo. ¿No eran quinientos francos?

—Sí, creo que era eso—respondió alegremente André—, pero no corre prisa. Ya me los darás otro día.

—No, no—rechazó Soyer—, es mejor que te los entregue ahora. A lo mejor tardamos en vernos y ocurre que no te los puedo pagar.

—Bueno, como tú quieras, pero conste que no corre prisa.

Soyer sacó de la cartera un billete de mil francos y se lo entregó, diciéndole:

—Toma, ¿tienes cambio?

—No, precisamente me he dejado la cartera en casa.

Soyer miró a un lado y a otro como buscando al camarero para que le cambiase el billete y no viéndolo por allí, le dijo:

—Bueno, ya lo cambiará el camarero cuando pague la cuenta.

—Sí, hombre, sí—respondió melancólicamente André—, ya me los pagarás luego, cuando acabemos de co-

nar. Así no tendré que ir a casa por dinero. Ya te he dicho que he olvidado la cartera y que no tengo un franco encima de mí.

—Pues voy a contarte lo que me ha pasado. ¿Te acuerdas de Ninette?

—Sí, aquella muchachita tan mona, que tanto te gustaba. Ya lo creo que me acuerdo.

—Pues llegamos a entendernos.

—¡Te felicito, hombre!

—No, no me felicites, porque no nos entendemos.

—Entonces en qué quedamos, ¿os entendéis o no?

—Verás, en un principio creímos que nos entendíamos y fuimos muy dichosos, porque, no te lo niego, estoy enamoradísimo de ella.

—¿Y ella no?

—Ella también. Eso es precisamente lo malo.

—¿Querrás decir lo bueno? Porque si tú la quieres y estás enamorado, y ella te quiere y está enamorada, no veo nada que os impida el ser felices.

—Sí, hay algo que no nos deja que lo seamos todo lo que debíamos serlo... Los celos.

—¿Tienes celos de ella?

—Ella es la que tiene celos de mí. No me deja ni a sol ni a sombra. Me persigue por todas partes y esta tarde hemos tenido una de nuestras continuas broncas y hemos terminado para siempre.

André se creyó en el caso de entristecerse ante la tremenda desgracia que experimentaba su amigo y le dijo con aire compungido.

—No, si yo no lo siento—exclamó el otro—. Alguna vez tenía que suceder y más vale que fuera hoy.

—Nada, que no doy una en clavo—se dijo mentalmente André y sonriendo alegremente a su amigo exclamó:

—¡Sí que has tenido suerte!

Se presentó el encargado a la mesa donde estaban los dos amigos y Soyer le dijo a André:

—Yo no estoy de humor para pedir nada. Encárgate tú de eso.

Al mismo tiempo que André pedía la cena, sin desairar ningún plato de los que figuraban en la carta, un botones se acercó a la mesa y le dijo a Soyer:

—Hay un señor en un coche que quiere hablarle.

—¿A mí?—preguntó Soyer.

—¿No es usted el señor Soyer?

—Sí.

—Pues es a usted a quien quiere ver.

—Ahora vuelvo—exclamó Soyer levantándose de la mesa—. Sigue pidiendo el menú, André.

Este aprovechó la llegada del "botones" para decirle.

—Mira, ves al teléfono y llama a "Saint-Germain" y preguntas por el señor D'Allouville. Cuando se ponga él en el aparato le dices que lo espero... y "que ya es nuestro".

—¿Que ya es nuestro?

—Sí, hombre, sí. Ya comprenderá él de qué se trata.

—El lo comprenderá, pero lo que es yo, en esta ocasión, me quedo sin enterarme de una palabra—se dijo el "botones".

Empezó el camarero a servir la mesa, y André expe-

rimentó ese deleite que se suele sentir cuando se tiene un gran apetito y ante sí comienzan a desfilar exquisitos manjares.

Pero aquel día debía ser martes, trece y algo peor todavía, puesto que André se iba a ver en el más grave de cuantos conflictos se le habían presentado hasta entonces. Soyer salió al vestíbulo y en vez de ser un señor el que lo esperaba en el coche, con quien se encontró fué con Ninette, que le dijo, cogiéndole por un brazo:

—¡Ya sabía yo que te encontraría aquí!

—¡Pero, Ninette, por Dios! ¡Ten prudencia! Fíjate en el lugar en que estamos!

—Yo no me fijo en nada. O te vienes inmediatamente conmigo a casa o armo un escándalo que van a tener que intervenir los guardias.

—Sí, mujer—respondió Soyer, seguro de que era capaz de hacer lo que decía—. Me voy contigo. Espera que le diga a un "botones" que avise al amigo con quien estaba.

Fué a entrar, pero al ver al encargado le explicó el caso y el "maitre", acostumbrado a aquellas escenas, sonrió comprensivo diciéndole:

—Puede irse tranquilo el señor. Ya le diré lo ocurrido al señor conde.

Entró otra vez a la sala, pero en aquel instante vió que un camarero discutía con un parroquiano y se acercó para inquirir lo que ocurría.

—¿De qué se trata?—preguntó al camarero.

—Este individuo—le contestó el camarero—, que des-

pués de haber cenado opíparamente, salta ahora diciendo que no tiene dinero.

—Yo no tengo culpa de no tenerlo—se excusó el otro—. En este caso el más perjudicado soy yo.

—Lo que es usted un fresco—exclamó el "maitre"—. A nadie se le ocurre entrar en un restaurant de lujo, para cenar sin tener cuartos. ¡Y que hay que ver lo que ha debido usted tragar, amigo!

—¡He comido lo que me ha dado la gana!—respondió el otro—. ¿Tengo acaso que pedirle a usted permiso para comer?

—Lo que tiene usted es que pagar, si no quiere que lo entregue a la policía.

Pero el parroquiano, convencido de que el que más interés tenía en que no produjese escándalo era el "maitre" empezó a vociferar, para llamar la atención de todos.

—¡Cállese!—le gritó el "maitre"—. Aquí no se chilla.

Y dándole empujones lo sacó a la calle, ante las miradas de todos los concurrentes, que comentaban poco después el hecho, censurando la desaprensión del parroquiano.

Andrá también vió aquella escena, pero a la mesa donde él estaba no llegaban las palabras de los protagonistas. Cuando el "maitre" fué a su mesa le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Un incidente desagradable, señor conde.

—¿Pero de qué se trata?—insistió el conde.

—Pues sencillamente de un desvergonzado. Un fresco que ha entrado y después de cenar opíparamente, se ha negado a pagar, diciendo que no tenía dinero.

—¿También podría ser que fuese verdad?—se aventuró a decir el conde.

—Y aunque así sea, ¿Acaso tenemos nosotros obligación de mantener a todo el que tenga hambre en París? En dos días darían fin del restaurant y de todas sus existencias.

—¿Y qué ha hecho con él?—preguntó otra vez André.

—Se lo he entregado al policía que está en la puerta, para que lo lleven a la Comisaría.

—¿Y lo meterán en la cárcel?

—Sí, pero por desgracia, sólo estará una quincena. Yo no comprendo cómo no se castigan más severamente estos delitos. ¿No le parece al señor conde que es poco castigo para una falta de tal naturaleza?

—Sí, verdaderamente, quizás—respondió André, pensando en su situación.

—Perdone el señor conde, que con todo este jaleo se me haya olvidado de darle un encargo.

—¿De qué se trata?—preguntó André, algo inquieto, sin saber el motivo

—Su amigo el señor Soyer me encarga que le diga que le dispense. Ha venido su amiguita y se ha tenido que marchar.

—¿Que se ha tenido que marchar?—preguntó el conde, pensando en quién pagaría la cuenta de la cena.

—¿Qué postre desea?—preguntó el "maitre".

—¿El postre? Ya me lo ha dado.

—¿Cómo dice?

—Que sí, vamos, cualquiera. Pero no, no traiga postre,

tráigame café, eso es, sí, café... tampoco, no, no quiero tomar nada de postre.

El "Maitre" sin comprender aquel azoramiento del conde se retiró de la mesa, pensando en lo raro que suelen ser

La situación del conde de Lussange no podía ser en verdad más comprometida y cuando ya desesperaba de encontrar solución al conflicto en que se veía, apareció Gaby, una antigua amiguita del conde.

Al verlo se dirigió a su mesa exclamando:

—¡André! ¡Gracias a Dios que se te ve por aquí!

—¿Será porque tú no has venido?—respondió André—. Yo no he faltado casi nunca.

—¿Vas a cenar?—preguntó Gaby sentándose—. ¿Esperas a alguien?

—Sí, esperaba a un amigo—replicó André, temiendo que fuese a convidarse.

—¿A un amigo?—preguntó intencionadamente ella.

—A "un amigo"—recalcó el conde.

—Entonces, ya que él no ha venido, cenaré contigo—terminó diciendo Gaby.

El pobre conde estaba sobre ascuas. Cada vez se complicaba más la situación, hasta que no viendo otro recurso que el de declarar la verdad, le dijo:

—Estoy preocupadísimo, Gaby.

—¿Por qué?—preguntó ella—. ¿Asunto de mujeres?

—Asunto de dinero—respondió él.

—¿Te encuentras en alguna situación difícil?

—Dificilísima. Estoy completamente arruinado. Te lo advierto.

—¿Y eso que me importa a mí? Yo estoy ahora en fondos. Además ya sabes que conmigo tienes crédito de sobras. ¿Dónde vas a dormir hoy?

—Voy a dormir en un hotel. Me han embargado la casa y no me queda más que una triste cama, la de una doncella.

—De ninguna forma—exclamó Gaby—. Tú te vienes a dormir a mi casa. Para algo están los amigos.

—Pero comprende que eso no está bien, es casi tanto como un abuso de confianza.

—Demasiado hemos abusado los demás de ti. Nada, nada, vámonos en seguida.

—Espera a ver si llega ese amigo—insistió André, procurando retardar la hora de tener que pagar todo aquello.

—No te importe tu amigo—volvió a decirle ella, levantándose del asiento—. Vamos, paga y di que cuando venga él le digan que te has marchado.

¡Con qué facilidad le decía ella "paga" y qué difícil resultaba para él el poder hacerlo! Pero en aquel momento vió aparecer en la puerta a D'Allouville y se levantó al ver la cara de satisfacción que mostraba el otro, pensando en que habría encontrado quien le dejase el dinero que necesitaban.

Se acercó a él y le preguntó:

—¿Tienes dinero?

—Quinientos francos duermen en mi bolsillo—respondió D'Allouville.

—Entonces paga la cuenta, yo no puedo detenerme—le dijo André, dejándose llevar por Gaby.

LA GENEROSIDAD DE SUSANA

Claro está que nuestros lectores se sorprenderán al ver que D'Allouville aparecía con quinientos francos en el bolsillo y preciso es que demos una pequeña explicación de cómo pudo hacerse con ellos.

Como ya queda dicho, D'Allouville se fué a "Saint-Germain" con el propósito de sablear al primero que se encontrase. Y apenas entró en el restaurant se encontró con un antiguo amigo que al verlo pasar se levantó hacia él y le dijo:

—¡Hombre, me alegro de verte, D'Allouville! Me encuentro en un momento comprometido. No tengo más que quinientos francos y necesitaría otros quinientos para pagar la cuenta de esta noche. Me he encontrado aquí con esa amiguita y no me he dado cuenta de lo que gastaba.

—¿Es decir, que si yo no te doy otros quinientos no puedes hacer nada con lo que tienes?

—Claro está.

—Trae acá ese billete, hombre, y no te apures por tan poca cosa.

El otro creyendo que le iba a entregar uno de mil le

entregó el billete de quinientos francos y D'Allouville se lo guardó tranquilamente a la vez que le decía:

—Puesto que vas a quedar como tramposo con quinientos francos, lo mismo da que quedes sin ellos, a mí, sin embargo, me sacan del apuro en que estoy.

Y ante el asombro de su amigo fué a sentarse a otra mesa, dispuesto a cenar y a llamar a André.

Pero al ir a buscar mesa vió sentada en una de ellas a Susana y al ingeniero.

—¡Oh, Susana!—exclamó dirigiéndose a ella para saludarla—. ¡Cuánto placer al verla!

—Mi amigo D'Allouville—lo presentó Susana a su prometido.

Al poco rato de estar allí, el ingeniero se levantó diciéndoles:

—Puedes irte tranquilo—le contestó Susana—, el señor D'Allouville será tan amable que me acompañará.

Al quedar solos D'Allouville comenzó la conversación diciéndole:

—La felicito a usted por lo de la herencia.

—¿Lo sabía usted?—preguntó ella sonriendo.

—Sí, esta misma mañana se lo decía a André, al verlo en tan apurada situación.

—Pero, ¿está en una situación apurada mi marido?—preguntó inquieta Susana.

—Yo, la verdad—siguió diciéndole D'Allouville—, no sé si he cometido una indiscreción. Creí que usted sabía...

—Sí, sé algo; pero le ruego que me lo cuente todo.

¿Acaso ese es el motivo por el que André ha querido abandonar nuestra casa y marcharse a un hotel?

—No, André no se ha marchado a ningún hotel, sino que le han embargado esta mañana. Tenía algunas deudas y como por todo capital sólo posee cuarenta céntimos, pues los muebles y demás objetos han tenido que salir responsables de la cantidad adeudada.

—¿Y qué hace ahora André?—preguntó ella—. ¿Estará apuradísimo?

—No se lo puede usted imaginar. Tiene un apuro del que espera que yo le saque.

Susana se echó a reír, puesto que sabía que D'Allouville no poseía más capital que su buen humor y le preguntó:

—¿Y ha de ser usted precisamente el que le saque del compromiso?

—En este momento yo, luego, mañana, o pasado, ¿quién sabe quien será el que nos sacará a los dos?

—¿Y qué compromiso es ese, si es que puede saberse?

—Pues se trata de la imperiosa necesidad de cenar. André lleva todo el día sin probar bocado, exactamente igual que yo. Lo he dejado en "Les Ambassadeurs", esperando la llegada de alguien que lo invite a cenar y mi llamada, si es que yo encuentro aquí quien nos invite.

—¡Pobre André!—exclamó conmovida Susana—. Lo que debe estar sufriendo.

—Usted misma lo comprenderá, ya que conoce sus miramientos en este aspecto. Precisamente esta mañana cuando le decía lo de la herencia de su tío, para que recurriese a usted, me contestó indignado, que lo que era de usted, a

usted sola pertenecía y me prohibió, a pesar de nuestra amistad, a que me inmiscuyera en esta clase de asuntos.

—Siempre el mismo—exclamó Susana—. Es incorregible. Pero no puedo negar que conmigo se ha portado muy bien. Otro en su situación se hubiera valido de mi petición de divorcio para solicitar alguna compensación.

—Tratándose de usted él no se opondrá nunca a sus deseos. La ama demasiado para hacerlo.

—¿Usted lo cree así?

—Estoy seguro de ello. Estoy convencido de que André la ama a usted tanto o más que el primer día.

—No diga usted eso—replicó débilmente Susana—. Nuestro casamiento fué una equivocación.

Susana calló. No quiso seguir por aquel terreno y se levantó diciéndole:

—¿No dijo que iba usted a acompañarme?

—Y lo repito, con mucho gusto—respondió él, a la vez que la ayudaba a colocarse el abrigo.

—Pues vámonos. ¡Ah, y a propósito, que le veo ahora! Tengo que devolverle los quinientos francos que me prestó.

—¿Que yo le presté a usted quinientos francos? No recuerdo.

—Usted no recordará, pero yo sí. Aquí los tiene usted.

D'Allouville estaba convencido y completamente seguro de que nunca le había prestado aquellos quinientos francos, pero comprendiendo que no era a él a quien se los daba, los tomó tranquilamente. Al pasar por donde estaba su amigo le devolvió los quinientos francos.

Llevó a Susana a su casa y corrió inmediatamente a don-

de le esperaba André, creyendo que todavía no habría cenado.

Cuando el conde salía con Gaby, se acercó a la mesa el "maitre" con la cuenta y al leer su importe quedó aterrado. Aquel hambriento había hecho un gasto de cuatrocientos diez y ocho francos. Es decir, que después de todo ya no le quedaba a él más que para un par de huevos escasamente. El "maitre" al ver que se sentaba en la mesa le preguntó solícito:

—¿Va el señor a cenar? ¿Quiere elegir en la "carta"?

—No es necesario—respondió D'Allouville—. Sírvame par de huevos. No me encuentro muy bien del estómago.

Ya en la puerta André reflexionó sobre lo que iba a hacer aceptando el ofrecimiento de Gaby, y su amor se sintió resentido por el favor que iba a admitir. El, que estaba acostumbrado a pagar espléndidamente, iba a tener que agradecer una noche de hospitalidad a aquella mujer que, aunque desinteresadamente, quién sabe si el día de mañana podría echárselo en cara. Ante este pensamiento desistió de acompañarla y le dijo:

—Mira, Gaby, te agradezco mucho el ofrecimiento que me haces, pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?—preguntó ella extrañada de aquel cambio repentino.

—Porque ahora me acuerdo que tengo una cita, para un asunto de negocio.

—¿Tú un negocio? ¡Déjate de bromas, hombre! Di sencillamente que no quieres venir a mi casa y en paz.

—Pues bien es verdad—exclamó André—. Me resisto a

la idea de tener que dormir en casa de un amiga, eso sería casi tanto como convertirme en el "amante de cœur" y a eso no estoy dispuesto. Vete tú sola, déjame, quizás nos volvamos a ver en otra ocasión.

—Haz lo que quieras—exclamó Gaby molesta por la tenacidad del conde—. Adiós.

André cuando se hubo ella marchado fué al guardarropa, tomó su sombrero y el bastón y se dispuso a salir del restaurant. La encargada del guardarropa se le acercó esperando la propina y el conde, con una sonrisa muy amable, y con un gesto de refinada galantería, cortó una florecilla de una de las macetas de la puerta, la besó gentilmente y se la colocó en la mano.

Y cimbreando gentilmente su cuerpo se dirigió hacia su casa, para dormir.

UNA NOCHE DE MUCHOS RECUERDOS

El aspecto que ofrecía lo que fué suntuosa mansión del conde Lussange era verdaderamente deplorable. Ni una silla, ni una mesa, todo absolutamente había desaparecido. Pretendió dar luz y vió que había sido cortada.

—Hasta eso me han quitado—exclamó tristemente.

Fué en busca de una bujía y la encendió, dirigiéndose seguidamente hacia donde habían dejado la cama de la doncella. Allí en el suelo había un montón de fotografías. Una a una fué repasándolas y cada una de aquellas mujeres traía a su memoria el recuerdo de una noche de juerga. Ninguna de ellas causó la menor impresión en el ánimo de André, pero cuando descubrió entre todas la de Susana, su corazón latió aceleradamente. Se extasió ante el retrato de su esposa, lo besó apasionadamente y en la soledad de aquella casa desvalijada sonó una canción en la que André daba a entender todo el amor que sentía hacia Susana y toda la tristeza que experimentaba en aquel instante.

Intentó dormir después, pero le fué imposible conciliar el sueño. Su pensamiento divagaba constantemente, hasta que viendo lo imposible que era su pretensión de dormir,

se sentó nuevamente en la cama. Recorrió con la vista toda la estancia y encontró en el suelo un diario. Era "L'Intransigeant". Fué leyendo las últimas noticias, los "Ecos de Sociedad", para ver si daban cuenta de su ruina y se tranquilizó al ver que no había sido publicada. Mas al leer la última página, llamó su atención un anuncio que decía: "Se necesita un hombre de frac. Dirigirse al teatro *Folies Montmartre*."

Una idea acudió a su mente. Hasta entonces no había hecho en la vida más que divertirse, desde el día siguiente sería otro hombre, trabajaría. Puesto que era preciso morir o trabajar, aceptaba el último recurso. Era preciso luchar y desde el día siguiente lucharía él, sin importarle nada todo lo demás.

Y ya más tranquilo, poseído por este pensamiento regenerador, tomó el retrato de Susana, lo volvió a besar, lo colocó debajo de la almohada y se durmió hasta el mediodía siguiente.

Entretanto, D'Allouville y Susana tuvieron una nueva entrevista, en la que ella se informó detalladamente de la situación de André.

Verdaderamente es desesperada—le dijo D'Allouville—. No creo que haya salvación para él.

—¿Y no cree usted que admitiera algo de lo que yo le ofreciese?—preguntó Susana.

—Ni lo piense usted siquiera.

—¡Pero yo no debo abandonarle! ¿No le parece a usted?

—Eso depende de muchas cosas, señora—le respondió

D'Allouville—. Usted debe pensar en que va a contraer matrimonio nuevamente y en lo que pudiera pensar de esa ayuda su futuro marido.

—No me importa lo que él pueda pensar—exclamó rápidamente Susana dejándose llevar por los impulsos de su corazón—. Lo único que me interesa ahora es salvar a André. El es bueno, precisamente por ser tan bueno le pasa lo que le ocurre ahora. Yo creo que mi obligación es salvarlo y le salvaré, si usted me presta su ayuda.

—Conmigo, tratándose de salvar a André, puede usted contar absolutamente. Dígame lo que debo hacer y me verá obedecerle humildemente.

—Pues prepararme una entrevista con él.

—Nada más fácil. Sin duda alguna estará ahora en su casa. ¿Quiere usted que la acompañe?

—No, en su casa, no. Parecería que voy a recrearme en su ruina. Ayer me dijo que se había mudado y no sería correcto el ponerlo en el trance de que tuviera que explicarme el por qué permanece todavía en su casa. Es mejor que usted lo lleve a cualquier restaurant y me telefonee para que yo acuda. Haré como si no supiese que estaba allí y nuestra entrevista parecerá casual... ¿Qué le parece el plan?

—Admirable, señora—exclamó D'Allouville—. Es usted digna de todo el amor que el conde siente por usted.

—Pues manos a la obra. ¿A ver qué tal diplomático es usted?

—Procuraré serlo mejor que Buffetaut.

—¿Y quién es ese señor?

—Se trata de un caso muy curioso que no es ocasión ahora de contarlo. Ya se lo referiré algún día. Hasta luego.

Salió y Susana al quedar sola, sonrió satisfecha, al pensar que iba ver nuevamente a su marido. Todo el amor que en otro tiempo sintiera por él, renacía en aquellos momentos con más fuerza que nunca y casi puede decirse que le molestó el que André le hubiese facilitado tan espontáneamente el divorcio.

A pesar de la diligencia con que D'Allouville quiso cumplimentar la orden de Susana cuando llegó a casa de su amigo, éste ya había salido. Se dirigió al restaurant y tampoco estaba allí. Recorrió todos los sitios donde André solía ir y en ninguno de ellos pudo dar con él ni saber nada.

Entre tanto, André se había encaminado hacia el teatro que indicaba el anuncio del día anterior. Al llegar a la taquilla, la expendedora de los billetes le preguntó solícita:

—¿Qué localidad desea usted?

—No se trata de localidad, desearía hablar con el representante del teatro.

Del mismo cuarto de la taquilla salió un hombrecillo ridículo, con una perilla mucho más ridícula todavía, que le preguntó:

—Dígame, ¿qué es lo que desea?

—He leído su anuncio—contestó André—y venía a solicitar la plaza.

El representante lo examinó de pies a cabeza y al final exclamó:

—Sí, está bien. Todavía está vacante la plaza. ¿Cuánto quiere usted ganar?

—¿Que cuánto es lo que yo quiero ganar?

—Eso mismo—exclamó nerviosamente el hombrecillo.

—Pues mi deseo es el ganar cien mil francos.

—¡Le advierto a usted que no admito bromas de nadie! —exclamó indignado el representante.

—Hombre eso es lo que yo quiero ganar, ahora usted puede decirme lo que quiere que gane y en paz.

—Ese empleo es de ocho francos diarios. ¿Le conviene?

—¡Qué remedio me queda! Más valen ocho francos que nada.

—Pues venga aquí y le diré cuál es su misión.

—Lo llevó a una especie de plataforma que había frente a la puerta y le dijo:

—Este es el control. Usted controlará todas las entradas.

—¡Ah, vamos! Una especie de portero, ¿verdad?

—Eso mismo. Pero le advierto que tiene que tener mucha vista para que no pase nadie sin entrada.

—Puede usted estar tranquilo, amigo.

—Yo no soy su amigo—exclamó el representante dando pruebas de mal humor—, soy el representante del testro, ¡su jefe!

—Muy bien, muy bien—le respondió sonriendo André.

Apenas quedó solo cuando el encargado del Ambigú lo llamó, pero antes de que pudiera atenderlo vió entrar a Totoche y a Boffetaut. Para evitar de que lo vieran en aquel sitio corrió hacia la taquilla, como quien intenta com-

prar un billete y oyó que Totoche exclamaba indignada, dirigiéndose a su empresario:

—¡Esto no es lo convenido! ¡Usted me dijo que se me haría una gran propaganda! ¿Dónde están los diez mil carteles anunciando mi debut para esta noche?

—Yo le prometo que todos los carteles han sido colocados.

—¡Qué van a ser colocados! ¡Ni la mitad siquiera se han fijado! ¡Y de esto el único que tiene la culpa eres tú!

—¿Yo?—exclamó Buffetaut, a quien iban dirigidas las últimas palabras—. ¿Qué más podía hacer que pagar lo que se me ha pedido?

—Pues podías haberte encargado de fijarlos.

—¡Pero, mujer, considera que yo no puedo hacer eso! ¿Qué dirían de un señor diplomático fijando carteles?

—¿Y qué dirán de mí, cuando esta noche no venga nadie al teatro?

—No te preocupes, que será un lleno completo—intentó tranquilizarla Buffetaut.

Por fin se fueron hacia los cuartos de los artistas, y André pudo salir de su escondite.

Otra vez lo llamó el del Ambigú y fué hacia allí André.

—¡Vaya suerte que has tenido, amigo!—le dijo aquél.

—¿Por qué?—preguntó André.

—Por el destino que has pescado. ¿Te parece poco?

—Verdaderamente, es una suerte. No todos los días se ganan ocho francos.

—¿Quieres que te convide? Paga el amo.

—Pues si es ese señor el que paga, beberé a su salud.

—¿Qué quieres? ¿Prefieres veneno?

—¿Veneno? — preguntó, extrañado, André—. ¿Pero aquí se expende veneno, sin temor a la policía.

—No, hombre; he querido decirte que si quieres aguardiente? Es lo mejor que hay.

—Bueno, pues dame veneno.

El del Ambigú le llenó una copa de aguardiente, y al intentar tragar el primer buche, André sintió que le desgarraban la garganta. Aquella bebida tan fuerte no era para un paladar tan exquisito como el suyo. Mas antes de que terminara de hacerse esta consideración, entró D'Allouville, que, invitado por Buffetaut la noche anterior, venía a cumplir su promesa de asistir al debut de Totoche.

—¿Qué haces aquí?—preguntó D'Allouville, extrañado de ver allí a su amigo.

—Pues ya lo ves—respondió éste—: trabajar.

—¿Trabajar? ¿Dónde?

—Allí—y le indicó la plataforma—. Soy el encargado del control.

—¿Pero te has vuelto loco? ¿Trabajar tú?

—¿Qué remedio me queda? Si quiero vivir no tengo más remedio que trabajar.

—Y por qué no te fuiste con Baby a su casa?

—Porque comprendí que si me quedaba con ella un cuarto de hora más, viviría en su casa para siempre, y a eso no estoy dispuesto.

—¡Imbécil! — exclamó D'Allouville—. Ven conmigo. Vámonos de aquí.

...apuró lo que quedaba, bebiendo en la misma botella.

—¿Supongo que desearán ustedes [illegible]?

—Y la recibí con mucho gusto.

—Hasta la luz me han quitado.

—Bueno, pues dame veneno.

—El conde de Lussange empleado en un teatro de mala muerte.

—¿No sabe usted que aquí no se puede fumar?

—El señor Guilda, mi marido—les presentó Susana.

—¡Nunca! ¡Yo no abandono mi empleo tan fácilmente!—se negó André.

—¿Pero es posible que no te des cuenta de lo que estás haciendo? El conde de Lussange empleado en un teatrucho de mala muerte...

—Será todo lo que quieras, pero estoy dispuesto a conservar mi empleo. Conque vete y déjame en paz. Desde este momento no eres amigo mío, ni siquiera te conozco.

—¡Está bien! Hemos terminado—exclamó D'Allouville.

Inmediatamente se fué al teléfono y se puso en comunicación con Susana, diciéndole:

—Ya lo he encontrado; está en el teatro "Folies Montmartre", empleado en el control.

—Yo iré en seguida—respondió Susana, colgando el auricular.

Una vez hecho esto, D'Allouville entregó a André su billete y encima le dió un franco de propina, tratándolo como si fuera un desconocido. André, indignado, fué a abalanzarse sobre él, pero luego recapacitó, se guardó el franco y exclamó:

—¡Un franco más! ¡No empieza mal la noche! ¿Veremos cuando llegue la hora de la función?

Pero ésta llevaba trazas de no celebrarse aquella noche, debido a los impedimentos que se iban presentando.

El debut de Totoche

Totoche se hallaba a medio vestir cuando entraron en su cuarto el secretario del teatro y el empresario, diciéndole:

—Querida Totoche, es imposible empezar la función. Un lamentable incidente ha ocurrido a última hora.

—¿Qué sucede?—preguntó Buffetaut.

—Pues que el sastre no entrega el vestuario sin recibir antes el importe del mismo.

—¡Qué grosero!—exclamó Totoche—. ¿Y a cuánto asciende?

—Nada, una insignificancia—repuso el empresario—catorce mil francos.

—Está bien—volvió a decir Totoche—. Se le pagarán los catorce mil francos, para que vea que no soy ninguna tramposa. Buffetaut—exclamó a continuación, dirigiéndose a su amigo—, paga el sastre.

—¡Catorce mil francos!—exclamó, asustado, el falso diplomático.

—Claro que son catorce mil francos—respondió con naturalidad Totoche—. ¿Acaso piensas regatear como una muchacha de servir?

—Nada de eso, hijita—respondió Buffetaut, dominado por completo por Totoche. Sacó el talonario de cheques y firmó uno por aquella cantidad. Se lo entregó al empresario y cuando se creyó merecedor a las caricias y mimos de Totoche, ésta se indignó con él, diciéndole:

—¡Has hecho el ridículo!

—¡Yo! ¿Por qué?

Por la forma en que has pagado. Parecía que te dolía ese dinero, aun cuando se trataba de mi debut.

—Nada de eso, hijita. ¿No has visto que en seguida lo he dado?

—Sí, en seguida, pero refunfuñando. Bueno, toma y envólvame la espalda—terminó diciendo Totoche, a la vez que le entregaba la borla.

El pobre Buffetaut, que en su vida se había visto en semejante aprieto, empezó a envolver la espalda de la futura artista, hasta que ésta le quitó la borla, exclamando:

—¡Ni para eso sirves! ¡Oh, qué desesperación! ¡Lograrás ponerme nerviosa y que fracase esta noche!

Otra vez se abrió la puerta del camerino y apareció el representante del teatro, diciendo:

—El tenor dice que si no le pagan por adelantado, no trabaja. ¿Qué hacemos?

—¿Cómo que qué hacemos? Pues pagarle y en paz. Dígale que entre—respondió Totoche—, así podremos ensayar la última escena.

Momentos después entró el tenor, y después de recibir el importe de su futuro trabajo, le dijo Totoche:

—Es preciso que ensayemos la última escena, aquella en la que usted está haciendo el amor a mi rival, cuando yo entro y descubro la traición.

—Muy bien, muy bien—respondió medio en italiano el tenor—; pero falta la figura de la otra artista.

—La hará este señor—exclamó Totoche, señalando a Buffetaut.

—¿Quién, yo?—preguntó alarmado el secretario del Juzgado.

—Claro, hombre—siguió diciéndole Totoche—. No tienes más que leer el papel. Déle el papel, tenor.

Este cumplió la orden de la joven y, arrodillándose a los pies de Buffetaut, comenzó diciéndole:

—¡Te adoro, mi vida, mi sol, mi cielo!

—Dueño mío—leyó el señor Buffetaut, e inmediatamente se levantó indignado, diciendo:

—Yo no le digo a este tío "dueño mío". ¡Tómalo como quieras, Totoche, pero no se lo digo!

—No te enfades, riquín—exclamó Totoche—. Ya sabes que no quiero verte disgustado. Además, eso me pondría nerviosa, y esta noche tengo necesidad de todos mis nervios. Podéis dejarlo.

Salió el tenor, y Totoche se sentó junto a Buffetaut y empezó a acariciarlo mimosamente, a la vez que le decía:

—¿Ves cuánto te quiero, tontín? Todo lo hago yo con tal de que tú estés contento. Y a propósito, yo sí que estoy contenta.

—¡Tú! ¿Por qué?—inquirió inquieto Buffetaut.

—Pues porque me han ofrecido una ocasión admirable de adquirir esta perla—y le enseñó la que André le regalara hacía dos noches—. ¿Te gusta?

—Es preciosa—no pudo menos que decir Buffetaut.

—Pues solamente piden por ella siete mil francos. ¿Verdad que es baratísima, riquín mío?

—Sí, muy barata; pero creo que tú no tienes esa cantidad?

—No, pero ten la piedra—replicó ella—. Su propietario está casi enamorado de mí y a poco que yo insista me la regala, a no ser que seas tú el que quiera tener la exclusiva de hacerme regalos.

—Y tanto que no quiero que nadie te regale nada. ¿Para qué estoy aquí yo?

—Gracias, nene mío—respondió ella—. Anda, dame el cheque, para demostrarle a ese imbécil de que tú me amas más que nadie.

Buffetaut cayó en la trampa y extendió el cheque por el importe que le había dicho Totoche, quien una vez en posesión de él, le dió un beso, a la vez que le decía:

—Ahora vete al escenario para que todo esté dispuesto.

Salió el secretario, y en el escenario se encontró con el empresario, a quien le preguntó:

—¿Hay mucha gente?

—Las butacas nada más.

—¿Y cómo no ha venido todavía nadie?—inquirió Buffetaut.

—No lo sé—replicó éste.

—Pues es preciso que esta noche esté el teatro lleno. Tome usted quinientos francos y vaya en busca de gente. Regale todas las entradas que hagan falta, pero ¡por Dios, procure que el teatro se llene! ¡Cómo se pondría Totoche si viera que no hay nadie!

—Está bien, iré en busca del público—respondió el empresario, guardándose los quinientos francos.

Entretanto, André seguía en su puesto de control cuando salió el secretario, el hombre de la perilla, diciéndole enérgicamente:

—¿Pero qué hace usted ahí sentado?

—¿Quiere usted acaso que baile?—preguntó burlonamente André.

—¡Ya le he dicho que no admito burlas de nadie! ¿No se ha dado cuenta usted de que falta media hora para empezar la función y todavía están las puertas cerradas?

—Es verdad—respondió André sin moverse de su sitio. —Es curioso que no estén abiertas todavía, ¿no le parece?

—Lo que no parece mentira es que no las haya usted abierto todavía.

—¡Ah!, ¿pero tengo yo que abrirlas?

—Claro está, hombre. ¿Quién las va a abrir?

—Pues voy inmediatamente—terminó diciendo André, levantándose de su sitio y marchando a cumplimentar la orden. Pero al ir a hacerlo se encontró con Soyer que venía y tomó el aire de uno del público que entraba. Entró aquél y al verlo exclamó:

—¡Hombre, estás aquí! ¡Me alegro de verte!

—¿Vas a convidarme a cenar?—le preguntó burlonamente André.

—Perdona que ayer tuviera que marcharme. Ya te dirían...

—Sí, hombre perdonado.

—Pues a pesar de todo, hemos terminado hoy.

—¿Hasta cuándo?—preguntó André.

—No, esta vez es de veras. Entra conmigo y te contaré lo que me ha pasado.

André acompañó a Soyer por el pasillo que conducía al patio de butacas, pero al oír la voz del secretario del teatro, se despidió de su amigo, diciéndole:

—Perdóname, chico. Se trata de un momento; había olvidado...

Y sin dar tiempo a que su amigo le preguntase, volvió otra vez a la puerta, para tratar de abrirla.

Antes de que pudiera hacerlo se presentó Buffetaut, y nuevamente André se quiso hacer pasar por un espectador, para lo cual entró decidido al teatro. Buffetaut le interrumpió el paso, diciéndole alegremente:

—¡Querido conde! ¿Viene usted a presenciar el debut de mi querida Totoche?

—A eso precisamente se debe el que esté aquí—respondió André—. Tengo necesidad de aplaudirla.

—Y se lo merece, ya verá usted cómo se lo merece. Es una artista admirable—exclamó entusiasmado Buffetaut.

—Así lo creo yo también. Ustedes los diplomáticos tienen un ojo especial para esto.

—Bueno, usted me perdonará si no le atiendo como se merece, pero ya comprenderá que en una noche como esta tengo que estar en todas partes.

—Ya lo creo—lo disculpó André—. No faltaba más.

Se fué Buffetaut y apareció el secretario, quien al ver las puertas cerradas y a André fumando tranquilamente un cigarrillo, se lo quitó de la boca, a la vez que le decía:

—¿No sabe usted que aquí no se puede fumar?

—Entonces, ¿qué es lo que se puede hacer aquí?—preguntó molesto André.

—Por lo pronto, abrir las puertas; luego ya le diré lo que tiene que hacer.

—Está bien, abriré las puertas, si es que me dejan.

—Claro que le dejarán a usted.

El cumplimiento de una cláusula testamentaria

Por fin consiguió André abrir las puertas del teatro y volvió nuevamente a su puesto, sin que se diera cuenta de que en aquel momento entraba su esposa y Guilde, su prometido.

Apenas los vió saltó de su asiento y corrió a saludarlos.

—¿No se conocían?—preguntó Susana, sonriendo.

—No — respondió secamente Guilde, adivinando de quién se trataba.

—El señor Guilde; mi marido—los presentó Susana.

—¿Vienen ustedes a ver la función?—les preguntó André, sin fijarse que había llegado el secretario del teatro.

—Desde luego—respondió Guilde—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque hacen un tontería con quedarse. Esto es muy malo. Aquí se van a aburrir soberanamente. Háganme caso y sigan mi consejo, váyanse.

—¿Y usted cómo se queda?—preguntó Guilde.

—Yo, pues verá usted, me quedo porque me he com-

prometido con la que debuta esta noche. Es la amiguita de un pobre señor amigo mío y le prometí asistir a su debut.

—Bueno, estaremos un rato y cuando nos cansemos nos iremos. ¿No te parece, Susana?

—Bien—respondió ésta.

El ingeniero le ofreció el brazo, pero ella lo rehusó amablemente, diciéndole:

—Entra tú, yo lo haré ahora. Tengo que hablar con mi marido—y subrayó las dos últimas frases con intención.

Era tal la indignación del secretario del teatro, que no pudo oír la última parte de la conversación. Solamente vió entrar solo al caballero, y creyendo que André había conseguido su propósito de que no entraran, se acercó a él y le dijo enérgicamente:

—¿Qué hace usted ahí hablando tranquilamente, sin ocuparse de nada más?

—¿Qué dice este hombre?—preguntó Susana.

—No le haga caso. Es un pobre ser que tiene la manía de decir que todo el mundo es empleado suyo.

—Todo el mundo, no; pero usted es un empleado de la casa que no solamente está faltando a su obligación, sino que hecha al público a la calle, desacreditando este teatro.

—Pero hombre, déjese de majaderías y váyase ya—exclamó André.

—Sí—intervino Susana—. Márchese y déjenos solos.

—Está bien—replicó el secretario—; conste que me

marcho porque así lo desea la señora, pero volveré para despedirle.

—Bueno, adiós y recuerdos—le despidió André.

Quedáronse solos, y Susana, acercándose más a él le preguntó:

—¿Qué es lo que te ocurre, André?

—Nada, querida—respondió el conde, sonriendo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Pues ya te lo he dicho, para asistir a un debut.

—¿Y quién es la que debuta, ella o tú?

—No te comprendo, Susana.

—Eso es lo más lamentable, que nunca me hayas comprendido. Menos mal que en esta ocasión puedo explicártelo. Ella debuta en el escenario y tú debutas como portero. ¿Pero es posible, André?

El conde bajó avergonzado la cabeza, y respondió:

—¿Qué quieres, Susana?... Hay que ganarse la vida... No me queda ni un céntimo, y antes que dedicarme, como otros muchos, a vivir del sablazo, he preferido trabajar.

—¿Trabajar tú? ¿El hombre que se ha pasado la vida divirtiéndose? Verdaderamente es un caso gracioso y además muy curioso.

—Pues ya ves que es verdad, Susana—replicó él—. Aquella vida terminó para siempre. Aunque tarde, he comprendido que aquella vida no es la verdadera, que en el mundo hay otras cosas más...

—Como la de estar a punto de quedarse sin cenar, ¿verdad?—preguntó sonriendo Susana.

—No te comprendo—exclamó André, sin acordarse de lo que pasó en el restaurant la noche anterior, para poder cenar.

—Eres muy frágil de memoria, querido—le siguió diciendo ella—. Acuérdate de que anoche te sentías tan preocupado que necesitabas a un amigo para que te acompañase a cenar.

André no se atrevió a responder e hizo ademán de alejarse de ella, mas Susana lo sujetó de un brazo y le dijo cariñosamente:

—¿Ya te has cansado de hablar conmigo?

—No, Susana—respondió él—; pero no puedo comprender qué motivo es el que te guía para venir a recrearte en mi difícil situación.

—Difícil porque tú lo has querido—le reprochó ella—. De sobras sabías que yo tenía dinero suficiente para prestarte todo el que me pidieras.

—¿Y crees tú que lo hubiera yo hecho?

—No—respondió rápidamente Susana—. Conozco perfectamente tu orgullo, para tener el convencimiento de que hubieras recorrido a todo el mundo, menos a mí, que era a quien realmente debías hacerlo. ¿Por qué no me dijiste lo que te pasaba, cuando estuve en tu casa para pedirte la autorización para nuestro divorcio?

—Porque entonces no lo necesitaba—mintió avergonzado André.

—¿No lo necesitabas? ¿Y el embargo?

—Sí, es verdad... pero parecías tan alegre, que no quise entristecerte con mis preocupaciones. ¿Tenía yo acaso de-

recho a turbar la dicha que parecías sentir? ¿Podía haber hecho otra cosa que la que hice?

—Sí, podías haberte negado a concederme el divorcio

—Eso hubiera sido un egoísmo imperdonable. Tal vez tú misma hubieras podido sospechar que se trataba de sacar partido de mi negativa.

—O bien que me amabas todavía bastante para no dejarme perder tan fácilmente. Si vieras qué pena me dió cuando vi que no te oponías, que no salía de tus labios ni una sola palabra de reproche. Pensé que todo aquel amor que tanto me habías hablado había muerto para siempre en tu corazón, que yo ya no era nada para ti.

—¿Y si pensaste eso, por qué te fuiste? ¿Por quô no me dirigiste ni una sola palabra de esperanza?

—¿Acaso querías que mendigase tu amor? Yo fuí allí, lo confieso, para pedirte nuestro divorcio, pero al verme en nuestra casa, al estar otra vez junto a ti, sentí una sensación extraña, algo así como una voz interior que me ordenaba a que me quedase a tu lado. Interiormente me decía que a poco que insistieses otra vez volvería a ser tu Susana de siempre. Pero tú nada dijiste en este sentido. Lo único que se te ocurrió fué empezar a hacerme los mismos re .oches de siempre.

André comprendía que Susana llevaba razón y callaba, pensando en la ocasión que había perdido para poder recuperar su amor. La veía ante él más hermosa que nunca, más seductora y el amor que por ella siempre sintió, le hizo avanzar hacia ella, como para abrazarla. Mas inmediatamente se detuvo, miró hacia el interior del teatro y pensó

que aquella mujer ya no le pertenecía, que moralmente pertenecía a aquel otro que estaba dentro, quien tal vez tendría ya su promesa formal de matrimonio, y dejó caer los brazos desalentado.

Susana adivinó su pensamiento, comprendió la lucha que había sostenido en aquellos segundos consigo mismo y le preguntó sonriendo:

—¿Qué piensas?

—En nada—respondió él suspirando.

—¿Quieres que yo te lo diga?

—Difícilmente podrías adivinarlo—le contestó André.

—Pensabas—siguió diciéndole Susana—en Guilde, ¿verdad?

André no se atrevió a responder, bajó la cabeza y entonces fué ella la que se acercó a él y le dijo:

—Pensabas también en que quizás estaría yo comprometida oficialmente con él y que él lo está conmigo, ¿no es cierto?

—Así es—respondió André—. Envidio la suerte de ese hombre. Por primera vez en mi vida siento ese sentimiento y no lo siento por su riqueza, ni por su posición, si no por tenerte a ti, a la mujer a quien yo más amo.

—Pues nadie lo diría al verte—exclamó Susana—, llevas hablando conmigo cerca de quince minutos y todavía hasta este momento no se te había ocurrido decirme nada que me pudiese agradar.

—Pero... ¿es verdad que te alegras de que todavía te ame?

—Pues claro que sí, hombre—le respondió ella riendo

deliciosamente—. ¿Crees tú que si no me hubiera quedado aquí? ¿Por qué he dejado entrar a Guilde solo, si no para saber hasta qué punto llegaba tu amor hacia mí?

—Pero, eso es una locura Susana.

—Una locura, ¿por qué? ¿Tú crees que es una locura nuestro amor?

—Sí, Susana. Yo no puedo ofrecerte nada.

—¿Nada?

—Nada—repuso André.

—¿Absolutamente nada?—insistió ella—. Ni siquiera ese amor que dices?

—¡Eso sí!—exclamó con vehemencia él—. Amarte con toda mi alma, con toda mi vida, pero nada más que eso.

—¿Y qué más puedo yo desear?

—Puedes desear lo que Guilde puede ofrecerte además del amor.

—Veamos ¿qué és?—preguntó burlonamente ella.

—Guilde es ingeniero, una verdadera celebridad, posee una posición privilegiada, mientras que yo no soy más que, ya lo ves, un simple portero de teatro y, además, teniendo por todo capital, el fracaso más rotundo de mi vida. Soy pobre, completamente pobre...

—¿Y qué importa que a ti te falte el dinero, si a mí me sobra?—atajó Susana, impaciente, procurando no ser ella la que tuviera que decir el resto.

Mas el conde, ofuscado con el pensamiento de la petición del divorcio, no podía comprender las palabras de su

esposa, y respondió con tristeza, a la vez que con energía:

—¡Tu dinero es tuyo, solamente tuyo!

—Y tuyo—insistió ella—. ¿No sabes que ha muerto el tío Paúl?

—¿Y qué?

—Pues que me ha dejado toda su fortuna—siguió diciéndole ella, cada vez más mimosamente, para ver si rompía la frialdad en que parecía sumergido su esposo.

—Tú lo acabas de decir: esa fortuna te la ha dejado a ti, y yo no tengo derecho a ella—contestó André.

—Pero es que me la ha dejado con una condición.

—¿Cuál?

—Que no me separe de ti.

—¿De veras?—exclamó alegremente André— ¿Y tú qué piensas?

Ella, sonriendo ante la vehemencia de su esposo, siguió diciéndole:

—De modo que ese dinero es de los dos. Pero hay otra cláusula, que es la más difícil de cumplir. Nos manda que vivamos juntos y felices... ¿Cree que podremos?

—¡Esa sería mi mayor dicha, Susana!—exclamó André—. ¿Y tú, qué piensas?

—Yo replicó ella, dejando caer mimosamente la cabeza sobre el pecho de su esposo—. ¡Te he querido tanto, que estoy convencida que sólo contigo puedo ser feliz!

—¡Susana, mi Susana!—exclamó André, abrazándola fuertemente y besándola con pasión—. ¡Este es día más grande de mi vida! ¡Si tú supieras lo que he sufrido con

nuestra separación! ¡Pero ahora soy otro, ya ha desaparecido aquel conde que tú conociste y sólo queda de él esto, un hombre de frac y un corazón que te amará eternamente!

Mientras se hallaban en este momento sentimental apareció el secretario del teatro, diciéndole:

—Bueno, queda usted despedido y...

Y al verlo abrazado a aquella señora y besándola, quedó sorprendido sin saber qué decir ni qué pensar.

La explicación se la dió D'Allouville, que salió, y acercándose a André, le dijo:

—Oye, ¿me podrías devolver el franco que te di de propina? Me hace falta en este momento.

— ¿Tú aquí?—preguntó indignado André—. ¡Vete, si no quieres!...

—¿Qué es eso?—exclamó Susana—. ¿Es así cómo pagas los buenos servicios de un amigo leal?

—¡Este no es mi amigo!—exclamó indignado André.

—Pues a él le debes el que otra vez estemos juntos.

—¿No te comprendo?—exclamó André.

—Sí, hombre, sí—replicó D'Allouville,dándose importancia—. He querido demostrar a Susana que soy mejor diplomático que Buffetaut, y lo he conseguido.

Susana le refirió toda la intervención que D'Allouville había tenido en aquella reconciliación, y André le ofreció la mano, diciéndole:

—Perdóname, hombre: a veces está uno tan contento que no sabe lo que se hace ,ni lo que dice.

—¿De verdad estás contento?—preguntó amorosamente Susana.

—¡Cómo no, si ya tengo lo que más quería en el mundo!

D'Allouville tosió fuertemente, como para indicarles que todavía estaba él allí y exclamó finalmente.

—Bueno, puesto que ya no me necesitan ustedes para nada, me retiro y voy a ver el debut de Totoche.

—¡Ah! Un favor todavía.

—Todos los que usted quiera—se apresuró a contestar.

—Haga el favor de decirle al señor Guilde que me he marchado.

—¿Sola?

—No, dígale que me he marchado con mi esposo.

Y mientras los dos esposos volvían de nuevo al hogar que durante tanto tiempo estuvo falto de la presencia de su dueña, D'Allouville entraba al teatro.

Había comenzado ya la representación, y gracias al dinero de Buffetaut la revista se había montado con buen gusto y lujo, y además había público.

Los primeros cuadros pasaron desapercibidos para el público. En ellos tan sólo tomaba parte la comparsería y los espectadores esperaban la presencia de la debutante. Esta se hallaba entre bastidores, sin poder ocultar su miedo;

—Estoy temblando—le dijo a su empresario—. Me parece como si fuera la primera vez que voy a actuar ante el público.

—No tenga cuidado—le respondió el empresario—. Ya verá cómo la reciben con una salva de aplausos.

De esto podía él estar seguro, lo mismo que Buffetaut, puesto que habían pagado espléndidamente a la "clac" para que el éxito de Totoche fuese completo.

La salida de ésta fué en efecto apoteósica, los aplausos atronaron la sala, hasta que la artista se dispuso a cantar.

Poco poco, a medida que veía que el público le prestaba interés, Totoche fué adquiriendo mayor dominio sobre sí misma, hasta que consiguió serenarse del todo.

A partir de este momento su voz adquirió mayor firmeza, y las canciones fueron dichas admirablemente.

Los espectadores, muchos de ellos que creían que asistían al debut de una pobre muchacha que fracasaría, no pudieron menos que reconocerle sus méritos, y al terminar su actuación, fué aclamada por el público.

Al entrar en su camerino, Totoche estaba loca de alegría. Saltaba como una chiquilla traviesa, hasta que Buffetaut la detuvo, diciéndole.

—Has logrado un éxito completo. Me siento orgulloso de ti.

Totoche, que ya se había olvidado hasta de que existiera el secretario, lo miró fríamente y exclamó:

—Lo único que te ruego ahora es que no me vayas a aguar mi alegría con majaderías de ninguna clase. Déjame en paz.

—¡Pero, Totoche!—le reprochó cariñosamente el secretario—. ¿Es así cómo me pagas todo el interés que me he tomado por ti?

La muchacha comprendió que hasta cierto punto era injusta con aquel hombre a quien debía todo lo que era, y cambiando repentinamente de actitud se le abrazó, diciéndole:

—Perdóname, tontín. No ves que no sé ni lo que me digo? ¿Tú no has debutado nunca?

—¡Claro que no!—respondió convencido Buffetaut—. Y creo que lo haría muy bien si lo intentase? Yo soy un señor diplomático.

—Llevas razón—le contestó Totoche—. Estoy tan contenta que no digo más que tonterías. Esta noche quiero que celebres mi triunfo. ¿Verdad que lo celebrarás?

—Ya he mandado preparar la fiesta—respondió fríamente Buffetaut—. ¡Por cierto que voy a convidar al conde de Lussange!

—¿Está aquí?—preguntó alegremente ella.

—Claro que está. Lo invité yo y ha venido a verte.

—¿Entonces sabrá el éxito que he conseguido?

—Como que mañana lo sabrá todo París—le dijo Buffetaut.

Y una vez vestida ella, salieron los dos para buscar a André, sin sospechar que por mucha alegría que pudieran ellos ofrecerles aquella noche nunca llegaría a ser tanta como la que él había experimentado al recobrar a su esposa.

EPILOGO

Han pasado varios años. Otra vez la casa del conde Lussange ha vuelto a adquirir el esplendor de tiempos pasados. Nuevamente los muebles y demás objetos que la adornaban han ocupado el puesto de siempre y otra vez también la dicha y la felicidad se alberga en ella.

Para André y Susana aquella reconciliación era una nueva luna de miel. El amor que ambos siempre se habían tenido resplandecía con más fuerza después de aquellos años en que estuvieron separados. Aquella reconciliación había llevado a sus corazones el convencimiento de que ninguno de los dos podía vivir sin el otro y ni un solo instante la sombra del ingeniero turbó el ánimo de Susana, ni el pensamiento de él suscitó los celos de André. Uno y otro estaban seguros del amor mutuo que se tenían y vivían las horas de aquella época en loco frenesí amoroso.

Olvidó él por completo su vida anterior, sus antiguas

conquistas, sus francachelas, para no pensar en otra cosa que en su mujercita y en la dicha que gozaba.

El único que no las había olvidado, ni tenía por qué, era D'Allouville; éste seguía siendo el mismo de siempre, el frescales que seguía aprovechándose de la amistad de sus amigos para vivir una vida regalada, sin otro pensamiento que el de divertirse.

Luis, el fiel criado, que no quiso abandonar al conde, había vuelto también a ocupar su puesto de siempre y seguía siendo la persona de confianza de André.

Para solemnizar la reconciliación de los dos esposos, D'Allouville, con la autorización de Susana y de André, organizó una fiesta, puesto que para él lo importante era divertirse, fuese como fuese. El se ocupó de enviar las invitaciones, de prepararlo todo y de que los esposos no tuviesen que molestarse para nada.

Y como organizada por él, la fiesta resultó espléndida. No olvidó detalle que pudiera hacerla desmejorar, y para que nada faltase, trajo también a una de las artistas que ya se habían puesto de moda en París: Totoche.

Esta, después de su debut en el teatrillo de Montmartre, había ascendido rápidamente, aunque en aquella ascensión había sido agradecida y no había querido olvidar a quien se lo debía todo, al buenazo de Buffetaut, que se había convertido en algo así como su sombra. Y como es natural, en

la invitación que se le hacía a la artista iba también incluída la del secretario del Juzgado.

La noche de la fiesta, los salones de los condes de Lussange se hallaban invadidos por el público más selecto de París, que había hecho acto de presencia, llevado la mayoría por esa curiosidad que despierta siempre la reconciliación de dos seres después de haberse separado.

Entre los invitados se hacían toda clase de cábalas y comentarios respecto a la nueva situación. Unos opinaban que el conde había sido el que la había buscado, debido a su crítica situación, otros aseguraban que era ella, puesto que había tenido un disgusto con el ingeniero. Todos opinaban de una u otra forma, pero sin que ninguno acertase a decir que el que verdaderamente los había unido había sido el amor, que nunca los había separado.

Susana, más hermosa que nunca, y André, más satisfecho y alegre que jamás lo había estado, recibían a los invitados teniendo para cada uno una sonrisa galante o un saludo afectuoso, según la intimidad que con los recién llegados tenían.

Pero al poco rato de empezar la fiesta Susana y André se encontraban molestos entre tanta gente, deseaban estar más solos, y para ello salieron disimuladamente del salón y se fueron a otro contiguo, aprovechando la ocasión en que Totoche cantaba y sostenía la atención de todos.

Una vez allí los dos esposos, sin decirse palabra, como obedeciendo a solo deseo, se abrazan cariñosamente, a la vez que André le preguntaba:

—¿Estás contenta esta noche?

—Mucho—respondió ella sonriendo—. ¿Y tú?

—Yo lo estaría más si no nos molestasen y nos dejaran estar solos. Me fastidian las fiestas.

—¿Cómo es posible?—preguntó extrañada Susana—. ¡Siempre te han distraído!

—Eso era antes, cuando no sabía el tesoro que tenía, pero ahora que lo sé, me parece que me roban el tiempo que puedo estar a tu lado y decirte todo lo que te amo.

—¡Tonto!—respondió ella, pegándole cariñosamente en la cara.

En aquel momento cesó la música y se oyeron los aplausos que le tributaban a Totoche, quien poco después apareció a donde estaban los esposos, diciéndoles :

—Les ruego que me perdonen esta interrupción, pero se trata de satisfacer un deseo.

Abrió su portamonedas y sacó una preciosa perla, la misma que André le regalara en la madrugada de su embargo.

—Permítame que en atención a su amabilidad, por su invitación, le ofrezca esta perla a su marido—le dijo a Susana—. Es, como si dejéramos, mi regalo de boda.

Recogió André la perla, a la vez que Totoche se despedía de ellos.

El idilio interrumpido por la entrada de Totoche no tardó otra vez en comenzar, mas cuando los dos estaban a punto de besarse, sonó una tos indiscreta, y al volverse André vió que estaba allí su amigo D'Allouville, y le preguntó:

—¿Cómo no estás en el salón?

—Ya sé que quieres echarme—respondió D'Allouville: —pero no temas, que me voy en seguida. Sólo he venido a ver este reloj que hay encima del piano. Me parece que es igual al que tenía, ¿verdad?

—Es el mismo—respondió Susana.

—Entonces, ¿me lo quieres prestar? Sigo en el mismo apuro.

—Sí, llévatelo, pero con la condición de que te vayas inmediatamente—respondió André.

—Sigo tu consejo "inmediatamente" — respondió D'Allouville, apoderándose del reloj y dejando solos a los dos enamorados, cuyos corazones desbordaban felicidad, mirando confiados a lo porvenir, que tanta dicha ofrecía para ellos.

FIN

CANCIONES
DE
UN CABALLERO DE FRAC

Música de BOREL-CLERC, BARNABY Y MILTON AGE
Letra de JOSÉ LUIS SALADO

DUO DE AMOR. André y Totoche

André. Se dormirá.
Totoche. Se duerme ya.
André. Buena ocasión para huir.
Totoche. De aquí partir.
André. Donde estemos lejos de él.
Totoche. Muy lejos de él.
André. Embajador.
Totoche. Es Buffetaut un tirano.
André. Tú me querrás.
Totoche. Te quiero ya.
André. Te daré mi juventud.
Totoche. Que es una luz.
André. Como jamás Buffetaut.
Totoche. Dormir podrá.
André. ¡Qué diplomacia,
poder cerrar los ojos!
Totoche. ¡Qué aristocracia,
cerrar así los ojos!
André. Yo te querré.
Totoche. Me quieres ya.
André. Como jamás él te amó.
Totoche. Me marcharé.
André. Yo te acompañaré.
Totoche. Pues Buffetaut.
André. Ya se durmió.
Totoche. Durmió.

CANCIÓN COMICA *André y coro de mozos*

Yo no me voy,
me embargan hoy
Un nuevo hogar
he de formar
por no tener dinero.
sin deber al casero.
Tendré que abandonar la mansión
que era todo mi amor.

Primer refrán

Se llevaron
todo lo que tanto amé.
Otro inquilino vendrá
que pagará.
Yo no pagué,
porque el arte de pagar
es un arte "démodé"
en el Transwaal.
Pero con pena
dejo esta casa en calma.
Como en mis venas
tengo sangre en el alma.
Y pienso yo
que aquí me dice una voz:
"tal vez pronto volverás".
¡Yo volveré!

Segundo refrán

André. Se llevarán.
Coro. Es nuestro ya.
André. Todo lo que tanto amé.
Coro. Que tanto amó él.
André. Otro inquilino vendrá.
Coro. No está eso mal.

André. Que pagará.
Coro. Que pagará puntualmente.
André. Yo no pagué.
Coro. Hizo usted muy bien.
André. Porque el arte de pagar.
Coro. Pagar, jamás.
André. Es un arte "démodé".
Coro. En el Japón.
André. Y en el Transwaal.
Coro. Y en el Transwaal.

TONADILLA de Totoche y las girls

Este es el vivir que a mí me encanta.
Así reír,
jamás sufrir,
siempre el corazón canta que canta.
Por fin seré
la gran "vedette".

Refrán

Seré "vedette",
me aplaudirán a mí.
Yo triunfaré por ti,
cantando...
Seré "vedette",
más de un rubí tendré,
joyas a miles veré
brillando.
A Mistinguette
a Josephine Baker
imitaré.
Seré "vedette" genial,
seré "vedette",
ya viviré feliz,
ya nunca más sufrir
soñando.

ROMANZA de André

Para nosotros dos tú y yo,
la vida tuvo ayer
un ritmo de cantar de amor.
Pero hoy todo pasó
por qué tan lejos huiste tú de mí?
mi corazón siempre te buscará.

Refrán

El cielo luce ya sin sol,
porque tu amor yo perdí,
ahora mis días son tristes,
¿qué puedo yo ser sin ti?
¿qué son las noches sin sueños?
Mi sueño sólo viví,
están mis horas vacías
¿qué puedo yo ser sin ti?
Si no te tengo ya, porque tú estás lejos de mí,
nada me importa ya
triste vivir.
A quien mi alma busca es a ti.
Tu amor no pudo hacer triunfar
todo lo puede por ti,
pero sin ti no soy nadie,
¿qué puedo yo ser sin ti?

ROBERTO REY

impresiona exclusivamente en discos **ODEON**

Historia de la República Española

La obra cumbre del año

Esta será la obra que todos leerán y que no faltará en ninguna biblioteca

TOMO PRIMERO
(Segunda edición)

1921 - De la Dictadura a la Revolución - 1931

TOMO SEGUNDO

Proclamación y problemas de la República Española

Tercer tomo en prensa:

AFIANZAMIENTO DE LA REPÚBLICA

La Historia completa constará de tres volúmenes. Es autor de este alarde editorial, el culto literato

EZEQUIEL MOLDES

Precio popular: 1'25 pesetas

PEDIDOS A

Apartado de Correos n.° 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo abono del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA - - LA MAS SELECTA - - ARTISTICAS ILUSTRACIONES

96 páginas de texto

PORTADA A TODO COLOR

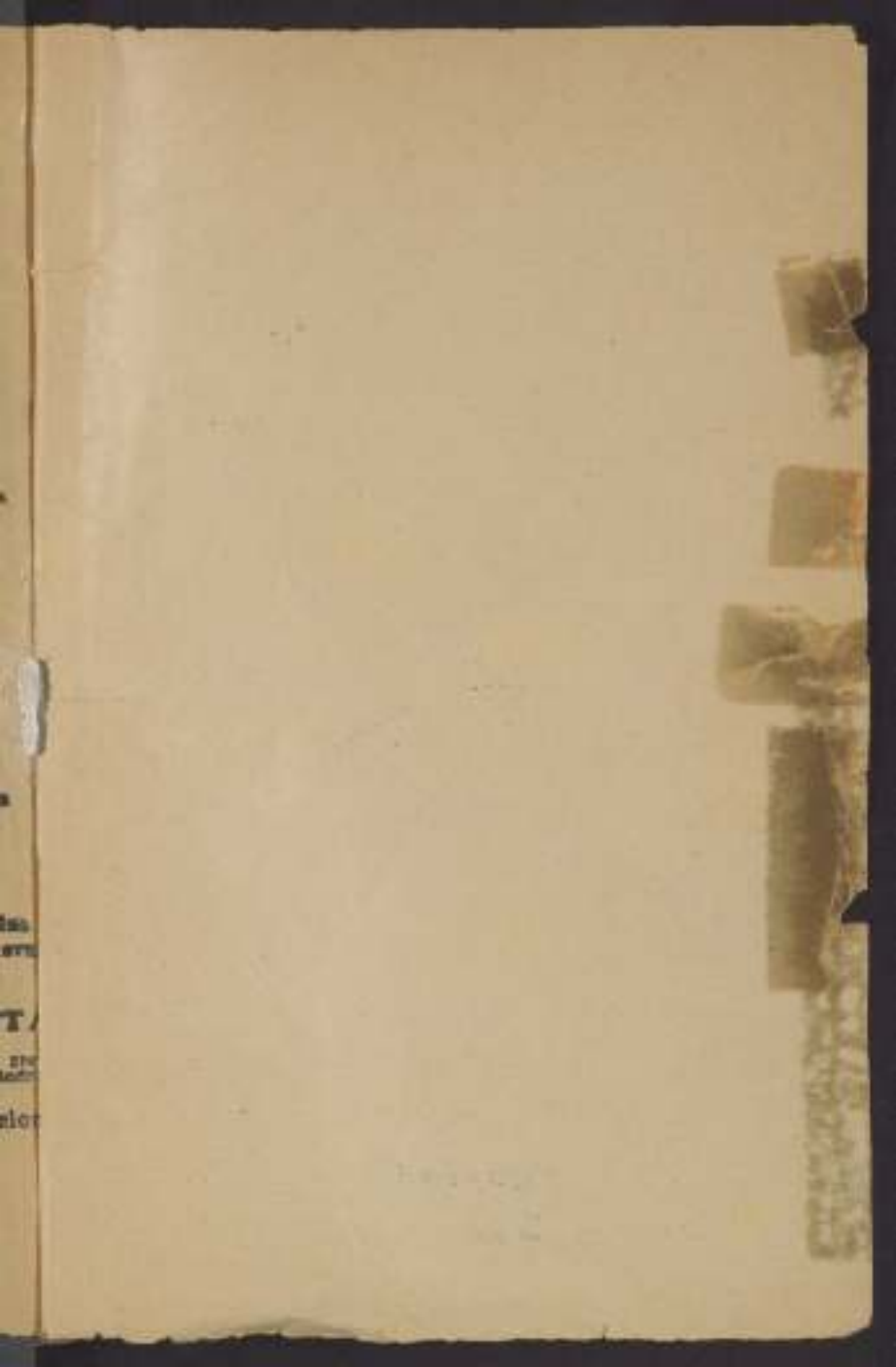
EL ARCA DE NOE (2.ª edición)	George O.Brien
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge
TRAFALGAR (3.ª edición)	Corine Griffith
LA MASCARA DE HIERRO (4.ª edición)	D. Fairbanks
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR (3.ª edición)	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Emil Jannigs
EL DESFILE DEL AMOR (8.ª edición)	Maurice Chevalie
EL AMOR Y EL DIABLO	Mraia Corda
RIO RITA (3.ª edición)	Bebé Daniels
RASPUTIN (4.ª edición)	W. Gaidaroff
LA INTRUSA (3.ª edición)	G. Swanson
LA MARSELLESA (2.ª edición)	Laura La Plante
¡ME PERTENECES! (6.ª edición)	F. Bertini
LA FIERECILLA DOMADA (6.ª edición)	Mary-Douglas
EL GENERAL CRACK (4.ª edición)	John Barymot
EL REY VAGABUNDO (5.ª edición)	Donald D. King
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey
CASCARRABIAS (4.ª edición)	Ernest Vilches
NOCHES DE NUEVA YORK	Norma Talmadge
LA VOLUNTAD DEL MUERTO (2.ª edición	Antonio Moreno
LA MUJER EN LA LUNA	Gerda Maurus
EL ZEPELIN PERDIDO	Conway Tearle
LAS LUCES DE LA CIUDAD (3.ª edición)	Charlot
SU NOCHE DE BODAS	Imperio Argentina
EL EMBRUJADO DE SEVILLA	M. F. Ladrón de Guev
LA ULTIMA ORDEN	Emil Jannigs

PRECIO DE LOS TOMOS: **UNA PESET**

Servimos números sueltos y colecciones, completas, co envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntim para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films, Apartado 707.-Barcelo

FilmoTeca de Catalunya Biblioteca



UNA peseta